

El volumen incluía la comedia
El perro de Montargis que aparece
en la relación manuscrita de
Prisioneros Romanos, y que falta
desde fecha desconocida.

Falta C18864 (1)

1200046995

Ayuntamiento de Madrid

COMEDIA FAMOSA. *Forno* 2

EL PASTELERO DE MADRIGAL.

DE UN INGENIO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

*Gabriel de Espinosa, Galan.
Don Fadrique, Galan.
Don Rodrigo, Alcalde.
Don Sancho, Barba.
Miguel Alonso,
Moscon, Gracioso.*

*Doña Leonor, Dama.
Clara, Dama.
Catuja, Graciosa.
Inés, Criada.
Una Niña.
Rodelos, Criado.*

*Dos caballeros portugueses.
Maravete, Criado.
Tres hombres.
Dos ministros.
Música.*



JORNADA PRIMERA.

*Dentro ruido de aclamacion, y salen tres
hombres como labradores, tirando las mon-
teras, y Gabriel con casaquilla corta
y montera, Don Fadrique
y Moscon.*

Uno. Viva nuestro Pastelero,
que es honor de Madrival.

2. Viva el mejor Oficial,
que batió masa y carnero.

3. El valeroso. 1. El cortés.

2. El galante. 3. El sin segundo.

Todos. El que en el pastel del mundo
pella de los guapos es:
vitor, vitor.

Gabr. Caballeros,
basta ya de aclamacion,
pues yo qué he hecho en conclusion,
para que con lisonjeros
aplausos me siga así
vuestra atencion cortesana?

Todos. Vitor al que á todos gana.

Mosc. Y vitor yo, voto á mí,
que tambien triunfo con él.

1. Quién es él, que aun no le han vistof

Mosc. Quien ha de ser, voto á Cristo
la mosca de ese pastel.

Fadr. Gabriel, vuestra bizzarria,

gala, entereza y valor
me inclina á vuestro amor:
sabed, que desde este dia,
aficionado al airos
proceder vuestro, he de ser
vuestro amigo.

Gabr. Eso es querer,
que ufauamente dichoso
con tal prenda, mi humildad
ó se enuavezca ó se asombre,
y despreciado el ser hombre,
me introduzca á ser deidad.
No merece un Pa- telero
pobre, señor, aunque honrado,
de trato, amistad ni lado
de tan grande caballero.
Si vuestra pietad me honró,
es porque en mí no repara,
pero á una antorcha tan clara
debo conocerme yo.

Fadr. Este hombre me maravilla:
con grande afecto te sigo;
Gabriel, hueno es para amigo
Don Fadrique de Castilla.
Vuestra atencion singular,
vuestro noble proceder,
logra con razon tener

El Pastelero de Madrigal.

admirado este lugar;
viendo en el noble talento,
que os hace en todo felice,
cuanto en vuestro ser desdize
el trato y el nacimiento:
mucho imagino en vos.

Gabr. Mucho de mi imaginais?

Fadr. Si, Gabriel.

Gabr. Mas que pensais,
juizo que le debo a Dios.

Fadr. Yo tambien.

Gabr. Allá un discreto,
de infiel al tiempo trataba,
pues era quien revelaba
el mas oculto secreto.
No hay misterio alguno aqui,
pobre Pastelero soy,
mañana seré lo que hoy;
pero qué sé yo de mí?
hable el tiempo.

Fadr. Hable y no tarde,
y en tanto seamos los dos
muy unos.

Gabr. Señor, a Dios.

Fadr. Espinosa, Dios te guarde;

Vase y los tres hombres.

Mosc. Gracias a Dios que se fueron.

Gabr. Bien sin razon se casaron.

Mosc. Qué es sin razon? no gritaron
ni aun la mitad que debieron.

Gabr. Pues yo qué hice en conclusion
para tanta voeria,
mas que viendo que se hacia
á un bruto una sinrazon,
montar de un brinco en la silla,
sin tocarlo, desde el suelo?
darle luego un redopelo,
y viendo que aun no se humilla
su indócil ferocidad,
correrle con mano airada,
y volverle á la estacada
con pompa y con magestad,
con tal bifo y tal regelo,
que cualquiera imaginaba,
que la mano se abrasaba,
segun se la hurtaba al suelo.
Volverie luego á correr,
caerseme una pistola,
y con una mano sola,
corriendo á mas no poder,
alcanzarla diestramente,
y apenas hubo parado,
el estribo echando á un lado,
con un brinco solamente,

sin poner mano ni pié,
volverme á poner en tierra:
esto qué misterio encierra?

Mosc. El que yo en mi vida haré,
pues en un mal borriquillo,
si se me antoja correr,
suelo á dos pasos cojer
pajas con el colabrillo:
pero si primor no alcanza
ese montar tan borro
en el alazán, fue borro
lo que hiciste con la lanza?

Gabr. En mi brazos es natural
el brio que maravilla.

Mosc. Blandiéndola hacerla astillas,
solo el Rey de Portugal
en estos tiempos la hacia.

Gabr. Y por qué no lo haré yo?

Dios, que su mano formó,
no fue quien formó la mia?
Deja eso, y dime qué ha habido
de luesilla? *Mosc.* Que tomó
los doblones, y ofreció,
que en habiendo uno hecido
abierto el Jardin tendrá.

Gabr. Segun eso, a oír puedo
seguro? *Mosc.* Dime que enredo
pudo introducirte alla,
de modo que no ha estrañado
Leonor siendo tan señora
el saber que la enamora
un Pastelero? *Gabr.* Héla dado
á entender, que un caballero
oculto en Madrigal soy,
que en el oficio en que estoy
encubrir mi patria quiero,
mi nacimiento y mi ser,
y que si me llega á amar,
pudiéndome declarar,
he de hacerla mi muger.

Mosc. Ella qué dice? *Gabr.* Leonor
es de una muy principal,
y es fuerza tratar neutral
cualquier plática de amor.

Mosc. Ven acá; qué harás con Clara,
que sin su hija ha quedado
en Medina?

Gabr. Un gran cuidado
tengo, no sé donde para;
pues desde que la dejé
(por ser un tanto curiosa,
circunstancia embarazosa
para lo que yo me sé)
en Medina, ó se ha escondido,

ó á otro lugar ha marchado.

Mosc. Y eso no te causa enfado?

Gabr. El mas grave de he tenido; que un hombre de estimacion, ya gozada una belleza, puede olvidar la fineza, pero no la obligacion; y mas con la dulce preuda, que conmigo mi amor tiene: buscarla, Moscon, conviene.

Mosc. El demonio que te entienda; si la quisiste enojr, para qué á buscarla has de ir? Y si luego has de reñir, no la pretendas hallar.

Gabr. Todas son implicaciones, y las que en mi viendo estas son las que me importan mas.

Mosc. Extrañas son tus acciones; para enredar ni Luzbel te llega. **Gabr.** Adelante pasa, pues que ya estamos en casa.

Dentro 1. Echeme ustel mi pastel.

Dentro 2. Dos de á medio.

Dentro 3. Uno de á real.

Dentro Cat. Oye, Rey, venga un ochavo.

1. Usted me ha trocado el pabo, que no es esta la señal.

Cat. Qué es lo que dice el muy pieza?

1. Que esta la señal no fué.

Salen Catuja Graciosa, con rebacillo y una pala de pasteleria.

Cat. Espera, picaro, y te señalaré la cabeza.

Gabr. Catuja, pues dónde vas de esa suerte?

Mosc. Catujilla, pues con quién es la rencilla?

Cat. Estoy hecha un Barrabás: fuése ya el guillote? **Gabr.** Espera.

Mosc. Jamas tan osca te he visto.

Cat. El demonio voto á Cristo, me ha metido á pastelera.

Yo con grandes y con chicos mil pendencias á porfia,

despues de estar todo el dia tostándome los hociros:

Que llegue uno con, doncella, écheme un pestel de á doce,

y otro, ya usted me conoce de á medio con caldo y pella.

Otro con su voz en grito, á seme esta lanja, tia,

y no como el otro dia,

que llevé crudo el cabrito:

Y cuando mas á cuidar de todos ellos me allano,

dice uno, cómo á un Cristiano le da toro á medio asar?

Otro, hechicera es la amiga, pues hechizos nos los da;

y otro, reluchando está el de á medio en la barriga.

Echar quiero en hora mala oficio que así alherota,

y porque no hubiera nota, diera al demonio la pala.

Gabr. Catuja, esos gages son fatigas del ejercicio.

Mosc. Reina mia, no hay oficio, que no tenga su prasion;

y pues usted es rusa mia, y en este oficio la he puesto,

paciencia.

Cat. Ya envié el resto de la poca que tenia.

Mosc. La culpa me tuvo yo de ponerla á usted en las pinas.

Cat. Faltabanme á mi escarpines cuando, usted me sonsacó?

Mosc. Clnto? **Cat.** No quiero.

Salen Miguel Alonso.

Mig. Gabriel?

Gabr. Miguel? **Mig.** Toda la mañana te ando á buscar.

Gabr. Ilos fuera.

Mosc. Misterios hay en campaña.

Mig. Si alguien viuiere, decíd, que no está Gabriel en casa. **Vanse.**

Mosc. A cuidar de sus cazuelas.

Cat. Yo sé que si alzo la pala.

Mosc. Entra, chuda.

Cat. Ven, bufete. **Vanse.**

Salen Gabriel y Miguel Alonso.

Mig. Afuera los tres aguardan.

Gabr. Ola, dadme de vestir, que entren por la puerta falsa.

Mig. Voy por ellos.

Salen Maribuela y Rodolos con Veneras de Santiago y Cristo, y los fuentes de plata y en ellas los vestidos de Gabriel y una cadru de oro, y en ella la Encomienda de Avís

Gabr. Ambiciosa credulidad temeraria, que me haces aun a mi propio

duadar de mí.

en la palestra, pues hoy
se da principio á esta trama;
en este caso (el espejo)
lo mas difícil (la capa)
es que puedan (el sombrero)
arte, mentira y audacia
fingirme otro ser, borrando
el que antes tuve: las armas.

Marav. Rodelos.

Rodel. Qué hay, Maravete?

Marav. Alegre como una pascua
está nuestro amo.

Rodel. Silencio

hasta ver en lo que para,
pues de su felicidad
tanta parte nos alcanza.

*Salen Miguel Alonso, Don Sancho y dos
Portugueses.*

Mig. Entrad.

Sancho. Válgame los Cielos!

Port. 1. El es.

Sancho. Aunque le negáran
cuerpo, rostro, edad y señas,
el regocijo del alma
lo expresará, que á latidos
el corazon se me arranca.

Gabr. Ola qué es eso? *Sancho.* Esto es,
ó invictísimo Monarca,
llegar al dulce sagrado
de vuestras heroicas plantas
tres dichosos peregrinos
pues despues de tantas ansias,
como os lloraron difunto
en las playas Africanas,
viva la deidad hallamos,
á cuyas propicias aras
dediquemos en tres vidas
tres ofrendas voluntarias.

Gabr. Alzad.

Port. 1. Posible es, Rey mio,
que consigue vista humana
ver al Rey Don Sebastian,
á quien Portugal consagra
mas laureles á su muerte,
que erigió á su vida estatuas
no es posible.

Port. 2. Y ya que sea
para que la Lusitania
acaruda el acerbo yugo
con que Castilla le ultraja;
con qué corazon, Rey mio,
oculto á la amable Patria,
habeis vivido hasta aqui?
Pensais acaso, que os faltan

vidas que por vos fallezcan,
ni brazos que en la demanda
de cobrar vuestra corona
esgriman por vos las armas?

Sancho. Vos en tan dura desgracia!

Port. 2. Vos en tan humilde empleo!

Port. 1. Vos en tan continua falta!

Sancho. De uárimos es quien no llora.

Port. 1. De acero es quien no desmaya.

Gabr. Llegad á asaltos rios,
basta el sentimiento, basta
que cuando os he menester
para una empresa tan alta,
acudir á la ternezal

es desdorar la arrogancia.
Y pues deseais saber,
en el asombro que os pasma,
como de Africa escapado
conseguí arribar á España,
atended y de las señas
que os daré, aun cuando dudára
vuestra fealdad de mi ser
consiguiera confirmarla.

A restaurar á Mahomet
la corona hereditaria
de Fez, que Múley Maluco
Bábaro tiranizaba,
á Africa pasé; esta fué
la voz que allá me llevaba;
pero el principal intento,
que me indujo á acción tan árdua,
fue plantar la Religion
Católica con mis armas
en el vasto continente
de sus provincias: ha zaña,
á quien solo lo celosa,
disculpa lo temeraria.

Brumé con quince mil hombres
al Mar la salobre espalda,
y con cincuenta Galeras,
Ciudad con remos y jarcias
dejando mi Reino (á que
en mi ausencia gobernára)
á mi tio Don Enrique,
que la Púrpura Romana
vistiendo en edad crecida,
bordó el Murice de plata:
á Africa llegué, á pesar
de cuantos me aconsejaban,
y aun de Filipo segundo
mi tio, que con instancias
me disuadió en Guadalupe
de una acción tan arriesgada,

donde sin que el ardor mio
de esperiencias ni de instancias
se dejase gobernar,
al trauce de una batalla
me a resté imprudentemente;
perdila, que aunque le agrada
la osadia a la fortuna,
la temeridad la causa:
que no es saber persuadirla
solicitar violentarla.

Murió el duque de Alencastre
peleando en la campaña,
y el bravo Conde de Fuentes,
que llevaba la vanguardia;
el de Arcedando, Linares,
Villa-Real y Juan de Aldana;
el tremendo Castellano,
á quien fié que ordenara
las haces, murió matando;
mas que mucho, si la Parca
aprendió á amontonar muertos
al filo de sus espadas?

Yo, que atravesado el pecho
de dos heridas lidiaba,
del Prior de Ocrato al lado
y el General de mi armada
Diego de Mesa, advirtiendo
mis tropas desbaratadas,
mis Fidalgos prisioneros,
muertos los mas de mis guardas,
á tiempo que ya la noche
á tanto cadaver daba,
tendiendo su negro manto,
lóbrega fatal mortaja;
á media sienda, de un monte
vecino á la misma playa,
en que estaban mis galeras,
me ampare con dicha tanta,
que á la luz de dos antorchas,
bien que encubierta la cara,
hubo quien tomar me vió
la Galera Capitana.

Híceme al mar, tan corrido
de ver que a vista de cuantas
persuaciones me indujeron
á dejar esta jornada,
triste volvia y vendido,
que intento olvidar la pátria,
por no ver en Portugal,
en lugar de fiesta y salva,
recibirme con gemidos.
por los que muertos dejaba
en Africa la indomable
curaron de mi jactancia.

Arribamos á Lisboa,
á donde haciendo echar fama
de que era muerto, seguro
de que siempre que llegara
tenia en vuestra lealtad
la corona asegurada,
me parti; fingiendo ser
persona comun y baja,
á peregrinar: el mundo,
en penitencia de que haya
sido el motor de que llora
Portugal desdichas tantas,
Prófugo el mundo corria,
cuando supe (estando en Francia)
que muerto Enrique mi tio,
por mi Cetro litigaban
Antonio de Portugal
mi hermano y el Rey de España,
y que pidiendo testigos
para hacer proceso el Papa,
presentó sesenta mil
el Castellano en la raya;
á tal poder, quién no habla
de contestar la demanda?
Huyó el bastardo del Reino,
y el Castellano (que rabia!)
de Portugal se ciñó
la Corona Soberana:
yo, que antes por eleccion
de los hombres me ocultaba,
hube de hacerlo por fuerza,
y mas viendo que se ampara
mi hermano en Francia y le admite,
que era donde yo me hallaba.
Parti por el Piemonte,
y como si recitara,
mi tragedia la fortuna,
me iba mudando en la farsa:
Cirujano me hice en Roma,
Sastre me fingi en Italia,
Evanista en Cataluña;
y en cada lugar mudaba
oficio, porque por uno
continuo no me me buscáran.
Apurado ya de todos,
á ver á doña Ana de Austria
Religiosa, prima mia,
que en este lugar estaba,
vine á Madrigal, en donde
(engañándola mi maña)
ya descubierto con ella;
buscamos de vivir traza:
y viendo que Pastelero
es el oficio que falta

en el lugar, le tomé
por apócrifo fúate mi
de mi en boy, y aquí hallé
feliz pacto a mis desgracias:
pues a Miguel de los Santos,
persona que disfrazada
por el decoro más digno
debo esponer en las tablas,
porque sin trocarse esencias,
mudandole circunstancias,
sepa el discreto que ha sido
prevención y no ignorancia)
descubierto el sorazon,
debo líneas tan raras.

que hasta á un rey comprenderlas,
mientras no puede pagarlas.
aquí asistido, vasallos
de Miguel y doña Ana,
nada para ser feliz,
sino mi reino, me falta.

Pero pues ya en Portugal
á bastantes desengañan
con la vista de mis firmas
la persuasión de mis cartas,
pues sois los primeros que,
después de suertes tan varias,
habeis besado mi mano:
para cobrar con las armas,
mis dominios: solo resta,
que con cautela y au lacia
deis á Portugal la vuelta.

Y pues tan violentos se hallan
con el castellano yugo,
informeis de que no es tanta
la desgracia de los míos;
que no tengan esperanza
de cobrar su libertad,
pues que para restaurarla
su rey don Sebastian vive,
á quien no asombran ni espantan
desgracias, muertes, destiernos,
prisiones, mares, mudanzas,
dificultades, traiciones,
violencias, cautelas, trazas;
pues como mis portugueses
desuuden por mí la espada,
y tremolando las quinas,
hieran al aire las cajas,
todo el esfuerzo me sobra,
todo el orbe no me basta.

Sancho. Lo que vuestra magestad,
supremo dueño, nos manda,
no solo ejecutaremos,
mas aun partida la instancia,

á Portugal pasarán
el señor Basco de Gama,
y el señor Juan Mascareñas
y yo, que dejé la Patria
por vivir en Madrigal,
fuera de tales borrascas,
con una hija que tengo,
que ofrecer á vuestras plantas,
procuraré disponer,
para que vengan y vayan
correos que faciliten
nuestra intención.

Gabr. Vuestras cañas
el éxito me aseguran
de lo que á los tres se encarga.
Cielos, de Leonor el padre
tambien entra en esta danza,
mucho tengo granjeado
para poder ablanarla.

Port. 1. Pues, señor, á disponerlo.

Gabr. Esperad, que antes que os vayais,
quiero que veais una prenda
que he adquirido, aunque bastarda,
en mi peregrinación.

Mig. Permitis, señor, que salga
la priuessa mi señora?

Gabr. Sin que criarlo y criada
lo alvierta.

Mig. Por ella voy. **Pase.**

Port. 1. Aun otea dicha faltaba?

Port. 2. Princesa hay en Portugal,

Gabr. Y le madre bien hidalga,
Sancho. Felice quien tantas dichas
vio en un instante mezcladas.

Salen Miguel y la niña.

Niña. Dónle me llevais?

Mig. Mi vida.

Gabriel nuestro padre os llama.

Gabr. Hija, Niña. Señor.

Gabr. Ven conmigo.

Sancho. No negará la real casta.

Port. 1. El rostro es todo del rey.

Port. 2. Qué magestad la acompaña.

Niña. Padre esña usted á esa moza;

que ahora la pedi agua

y no me la quiso dar

en la salvilla de plata,

con que no quise beber.

Gabr. Hiciste bien.

Los 3. Hay talgracia!

Sancho. Notad que rasgos descubre

la real sangre que la esmalta.

Gabr. Dad á ese señor la mano.

Niña. Para que? **Sancho.** Para besarla.

Niña. Pues que me de señoría, que si no, no quiero darla.

Sancho. Por eso no quede, Usia me permita, hermosa dama, besar su mano. *Niña.* Tomad ay como pican las barbas!

Mig. Háse visto donosuta mas perfecta?

Los 3. Es cosa rara.

Gabr. Ea, váyase a pasear.

Niña. No puedo salir de casa.

Gabr. Por qué?

Niña. No tengo criados, ni silla, ni coches de damas;

venga usted, señor Miguel, me sentara en las almohadas.

Mig. Vamos, hijá, mas me da mas despacio; eso me agrada, que me andar muy de prisa es cosa de mugeres ordinarias.

Gabr. Qué os parece la princesa?

Port. 2. Señor, prenda soberana.

Gabr. Ea, id con Dios que á los dos yo premiaré la jornada que vos correis por cuenta mia.

Sancho. Beso vuestras reales plantas.

Port. 1. Ya he visto al rey Sebastian, ya la muerte no me espanta.

Port. 2. El rey don Sebastian vivo, nuestras son Europa y Asia.

Sancho. Cielos, mucho alcanza á ver, quien escucha, mira y calla.

Fanse.

Sale Miguel Alonso.

Mig. Fuéronse ya?

Gabr. Ya se fueron.

Mig. Bien esta primer maraña urdida queda, habeis hecho el papel tú y la muchacha de posmó.

Gabr. Los portugueses van hechos de mermerada, creyendo que soy su rey Sebastian á quien aguardan, aunque de aquesta tramoya mil sustos me sobresaltan.

Mig. Cuando yo te impuse en esto, bien dirigida y tratada tenia mi idea; ya sabes las ciencias que me acompañan, las esquisitas noticias, que en la materia que tratas te comunico; y en fin, cuán en el todo se engañan

los que te ven: quien no tiene espíritu, el que desmaya

tan al principio, Gabriel, no imagine en cosas altas;

pero una vez puesto en ellas, morir ó perfeccionarlas.

Gabr. Dices bien, amigo, no te formalices, ya basta.

Mig. En el locutorio esperas?

Gabr. Quién?

Mig. La señora doña Ana; venga vuestra magestad.

Gabr. Qué? conmigo pataratas?

Mig. Rey seras de Portugal, ay infeliz, que te engañas!

pues para que reine Antonio, dispongo toda esta traza.

Gabr. Al convento iré despues, supuesto que lués me aguarda, y en el cuarto de Leonor me dará esta noche entrada con otro euredo y disfraz;

entraré á galantearla, pues sin urdir nuevo embuste mi espíritu no descansa.

Fanse.

Salen Leonor, Clara é Inés.

Leon. Inés, veig allá fuera, Clara, quédate tú.

Ines. Por quanto hubiera de ser Clara llamada y escogida, é Inés la despedida?

Leon. Qué decias, Inés?

Clara. Fortuna avara!

Ines. Que ahí queda mi señora doña Clara.

Clara. Por qué señora, ofrece tu favor (á quien no te le merece) con tu agrado, la pena de ser el blanco de la envidia ajená?

Leon. Clara, desde el instante que dejaste á Medina, y de un amante, como ya me dijiste,

seguir la huella en Madrigal quisiste, bien que con él no piensas declararte, porque injusto no vuelva á desairarte, me agradó de tal suerte

tu modestia, que en todo quisé hacerte (estando ya conmigo por criada)

de todas las demas privilegiada; y para que lo veas,

lo que espero en tu cariño creas, todo mi corazón he de fiarte.

Clara. Bien puedes descansar y declararte; asi pudiera yo, pues hice empeño

de callar de mi mal el infiel dueño,

decir, Gabriel ingrato,
la falsedad de tu alevoso trato,
que me hace andar tras tí tan mal pagada.

Leon. Oye y verás que no te encubro nada.

De Portugal, patria mia,
don Sancho de Biscoucelos
mi padre, á Madrigal vino
la guerra intestina huyendo,
con que en civiles discordias
se devoraban sus pueblos.
Desde el punto que llegamos
un bizarro caballero,
cuyo nombre es don Fadrique
de Castilla, mereciendo
verme, no se en que ocasion,
aspiró á mi galanteo;
tratándole tan neutral,
ó mi despegado genio
ò la fuerza del destino,
que me guardaba otro objeto,
que jamas ni una esperanza
consiguió su rendimiento.

En este estado se hallaba
su cariño y mi desprecio,
cuando vino á Madrigal
embozado y encubierto
cierto caballero (ay Clara!)
(perdóñeme mi respeto)
tan galán, tan generoso,
tan bizarro, tan atento,
tan discreto, tan rendido,
que no halló lugar mi ceño
(servida de sus halagos)
para desasirse de ellos.
Su nombre es don Juan de Silva,
y por un raro suceso,
con el mas extraño oficio
(de rubor no lo refiero)
su noble prosapia encubre,
llamándose en todo el pueblo
por otro nombre:— mas tente,
qué ruido es aquel?

Sale don Fadrique.

Fadr. Habiendo,
hermosísima Leonor,
visto, desde donde suelo
ser girasol de tus rejas,
salir á tu padre, á tiempo
que por desenido esta puerta,
tan cerrada á mis deseos,
hallo abierta á mis suspiros,
á solo queprime vengo
de que tan poco reporo
te deban mis sentimientos

y pues es fuerza morir,
consiga, ya que me muero,
que sepas que eres la causa
de mi muerte.

Leon. Harto lo siento;
mas bien pudiera no daros
lugar á moriros de eso,
repetido un desengaño;
y ya que lo esteis no quiero
me cueste un susto el espanto
de haber de hablar con un muerto,
Idos, señor don Fadrique,
que es sobrado alcevimiento
entraros así en mi casa,
cuando no os da mi respeto
ocasion; y pues sabeis
cuanta fama en este pueblo
de celoso portugués
mi padre tiene, volvedos
antes:— mas qué es eso Clara?

Clara. Mi señor viene subiendo
la escalera.

Leon. Ay de mi triste!
forzoso será esconderos,
que haberos visto a la esquina,
y veros ahora aquí dentro,
puede ser:— *Fadr.* Nada me digas,
que obediente —

Leon. Presto. *Clara.* Presto.

Fadr. Me esconderé por mirar
tu decoro y no mi riesgo.

Entrándose y sale don Sancho.

Sancho. Hija? *Leon.* Señor?

Sancho. Con dos grandes
gustos á tu vista vuelvo.

Leon. Y cuál es, señor? *Sancho.* El uno
es, Leonor:—

Al paño Fadriq. Escuchar puedo
desde aquí. *Sancho.* Que Portugal
muy presto, si quiere el cielo,
verá conseguido un bien,
que ha que llora muchos tiempos

Leon. Y el otro? *Sancho.* Trae unas luces.
pues ves que va anocheciendo,
Clara. *Clara.* Voy, señor. *Vase.*

Sale Clara con luz.

Sancho. El otro
es, recibir este pliego,
el último del tratado,
Leonor, de tu casamiento,
que queda ya concluido:
yo lo he tenido secreto,
viendo que tu voluntad
no se opondrá á mi desseo,

Don Rodrigo Santillana
es hija mía, el sugeto,
Alcalde de casa y corte;
noble castellano, y hijo,
que aunque esto de castellanos
tan mal, hija lo llevemos
los portugueses, es fuerza
acomodarse a los tiempos:
toma esa luz, que pues es
sábado, por el correo
quiero responder. *Leon.* Ay Clara!
que se va al mismo aposento
en que don Fadrique está:
Señor, ved que es duro empeño,
sin que goze.

Sancho. Qué deris? *Fadr.* Penas,
Leonor se casa y yo muero!

Leon. Digo que el casarme:

Sancho. Sea
como yo tengo dispuesto;
bien está. *Leon.* Señora:

Sancho. Alumbrá.

Clara. De esta forma lo remedio.
Deja caer la luz
ay, que se cayó la luz!

Sancho. No importa, pues allá dentro
hay recado de escribir,
ven y tráeme otra. *Vase.*

Leon. Qué haremos
ahora, Clara, con Fadrique,
para que salga sin verlo?

Clara. Entor las des, no sospeche
algo ese maldito vicio:
y dando des pues lo vuelta
á la calle te echaremos,
pues queda la puerta abierta
de este cuarto. *Vase.*

Leon. Eso resuelvo:
don Fadrique.

Fadr. Quién me llama?

Leon. Esperad aquí, que luego
vendrá Clara a daros forma
de que salgais.

Fadr. Ya os entiendo:
pero si os casais, Leonor?

Leon. Ahora salimos con eso?
no me puedo detener. *Vase.*

Fadr. Ah ingrata, mátame á celos,
que quien vivió couñado
bien puede morir de necio
ciego estoy, salir quisiera
de este alusio.

Salen Ines con Gabriel y Moscon.

Ines. Pisad quedo,

ya que por la escalerilla
del jardín subido habemos
á esta cuadra, aquí quedaos,
mientras aviso:—

Mosc. Ay, qué miedo!

Ines. A mi ama.

Gabr. Aquí te aguardo.

Ines. Doblones, que me habeis hecho
alcahueta, estamos bien? *Vase.*

Fadr. Pasos á esta parte siento,
sin duda que es la criada
que viene, como ha dispuesto
Leonor, á sacarme: ha Clara,
Clara.

Mosc. Qué Clara ó qué infierno?
turbio digo yo que soy,
aunque estoy que me clareo,

Fadr. Clara?

Gabr. De hombre es esta voz:
qué Clara buscará, cielos?

Fadr. No respondes?

Mosc. Quiero en tiplé
engañar á este camuésó,
duende noctúrno. *Fadr.* Eres tú?

Mosc. Yo soy.

Fadr. Vamos de aquí presto,
que aunque mi amor, Clara mía,
me ha puesto en aqueste estremo,
por no haber visto mi muerte,
despreciará mi remedio;

no es esta la puerta? *Mosc.* Si;
á builtó va. *Fadr.* Yo me ausento,
hasta que, Leonor casada,
vuelva á morir, si es que vuelvo. *Vase.*

Mosc. Anda con cien mil denonios.

Gabr. Aquestos son los misterios
de Leonor y los recatos:

hombre oculto, aun no lo creo,
en su cuarto? Oyes, Moscon,
no nombraba dos á un tiempo?
no dijo Leonor y Clara?

Mosc. Mas clarito que un gilguero.

Gabr. Ah ingrata! ah falsa! ah cruel!
luz viene, aquí nos entremos.

Mosc. Palos quieren tus costillas.

Retiranse y sale Leonor con Ines.

Leon. Clara se queda sirviendo
á mi padre; y pues de otra
ni me fio ni me alrevo;
despedir quiero á Fadrique:
señor don Fadrique. *Mosc.* Bueno.

Leon. Bien podéis salir, pues ya
no habrá quien alance á veros
mas cielos que es lo que miro?

Sale Gabriel. Qué miras ingrato dueño?
miras tu fe quebrantada,
ultrajado tu respeto,
desengañado mi amor
y declarados mis celos?
eso miras?

Leon. Don Juan mio,
por dónde entraste aquí dentro?

Gabr. Por el aire, que mi amor
me trajo á ver mis desprecios,
y á saber como te casas.

Leon. Quien te lo ha dicho tan presto?

Gabr. Mi desgracia.

Leon. Aunque mi padre
me dé muerte, te prometo
que mi amor: -

Gabr. Tu amor es falso.

Leon. Dueño mio. -

Gabr. Hay otro dueño.

Leon. Siempre firme: -

Gabr. Eres traidora.

Leon. Vivirá. **Gabr.** Callad.

Sale don Sancho.

Sancho. Que es esto?

Leon. Ay de mi infeliz.

Gabr. Don Sancho
cubre el rostro.

Mosc. Volaverunt. **Cubrense.**

Sancho. Hombres de embozo en mi casa?

tú, Leonor, haciendo extremos,

dando voces? **Leon.** Ay de mi!

¿A dar un paso no acierto.

Sancho. Vive Dios, que yo he ver
de esta suerte: - **Cierra.**

Mosc. Estamos buenos.

Sancho. ¿Lo que esto es: pero qué miro!

que calle decís? no quiero:

que se retire mi hija?

ay mas extraños misterios!

Vete que á solas veré

quien son estos caballeros mudos

que por señas se hablan.

Leon. Ahora le mata, creyendo

(pues no sabe que es don Juan)

que es Gabriel el Pastelero,

quien tiene tal osadía.

Desde este cancel oyendo

me he de quedar.

Sancho. Ea, señores,

los portugueses alientos,

¿á dos ni á dos mil no temen,

si el que solos nos pedemos

es para hacernos pedazos,

sacad la espada.

Gabr. Teneos,

pues os podré reportar

aprisa. **Sancho.** Con qué?

Gabr. Con esto. **Descúbrense.**

Sancho. Señor, pues vos en mi casa?

cuando mereció este esceso

mi humildad? ¿A vuestros pies

teneis postrado mi acero,

pues yo, cuando, si: -

Mosc. Ola, ola,

que nos ha temido el viejo,

déjamele dar de coques.

Gabr. Alzad, don Sancho, del suelo,

Leon. Qué es esto, ¿cielos, qué miro!

cuando creí que resuelto

le diese mi padre muerte,

turbado, confuso y ciego

dobra á un hombre la rodilla

inferior? aquí hay misterio,

ó es este don Juan de Silva

gran señor, ó no lo entiendo.

Gabr. Buscaros quise en persona,

que es fuerza, que luego, luego,

salga posta á Portugal,

que lleve al duque de Aveyro

un despacho de importancia:

yo entré aquí, y vuestra hija, viendo.

un embozado, empezó

á alterarse por estremo.

Sancho. Está, señor, bien criada,

no es mucho hizosele nuevo.

Gabr. Yo la mandé que callase,

cuando vos á este intermedio

llegasteis.

Sancho. Todo lo ví,

que me perdoneis os ruego.

Gabr. Perdonado estais, don Sancho,

y por el susto os confiero

la gubernacion de mi

provincia de Alentejo

en llegando á Portugal.

Sancho. La mano, señor, os beso,

Gabr. No, no hagais demostracion,

don Sancho, disimulemos,

Sancho. Saldré con vos?

Gabr. No, que es dar

sospecha, en casa os espero.

Sancho. Leonor? **Sale Leonor.**

Leon. Señor?

Sancho. Manda á Clara,

que alumbré á estos caballeros. **Ván.**

Leon. Clara. **Sale Clara.**

Clara. Señora.

Leon. Ese, á quien,

vas á alumbrar, es el mismo don Juan de Silva, de quica te conté mi galanteo; él encontró á don Fadrique aqui, y va muerto de celos, yo lo quedo de pesar, pues bajas con el ruego que le digas que le adoro y satisfacerle espero. *Vase.*

Clara. Está bien.

Gabr. Ay mayor lance!

Clara. Venid, mas qué es lo que veo!

Gabr. Pasad, mas qué es lo que miro!

Clara. Es ilusion del deseo?

Gabr. Es fantasma de la idea.

Mosc. Clara es por San Nicodemus.

Gabr. Clara, pues tu aqui?

Clara. Ah traidor!

yo aqui, que ha querido el cielo,

que venga á desengañarme

de tus viles fingimientos.

Gabr. En igual habrás venido

por cuenta de aquel sugeto,

que te buscaba escondido

ahora en este aposento.

Clara. No quieras, ingrato amante,

dorar con este pretexto

la traicion de que con nombre

fingido y dañado intento,

estás amando á Leonor

y á mi me olvidas, sabiendo

la obligacion que me debes.

Gabr. Yo, Clara, te la confieso,

pero quizá algun dia,

viéndote en otro astillero

verás que hoy, á pesar mio,

para ensalzarte te dejo.

Clara. No juzgues con fantasias,

de la preñez de tu genio,

segunda vez engañarme:

ya conozco los enredos

de tus mudables ideas.

Gabr. Y yo tu villano pecho,

teniendo un hombre en tu cuarto.

Clara. Mi cuarto? estás en tu acuerdo?

No ves que es el de Leonor?

bien pudiérais conocerlo,

mi señor don Juan de Silva,

Gabr. Ahora bien, quejas dejamos,

y vente conmigo, pues

casa en que servirte tengo,

asistirás á tu hija.

Clara. Mas quiero vivir sirviendo

(falso, aleva) á un dueño fiel,

que de un fementido dueño

ser servida.

Gabr. Quién te trajo á Madrigal? *Clara.* Mi despercho, mi desdicha, mi dolor. *Llora.*

Gabr. No llores.

Mosc. Moco tenemos?

Gabr. Y hasta que veas que en dichas se truecan los sentimientos,

dame los brazos. *Abrázala.*

Sale Leonor.

Leon. Don Juan?

pero qué miro! qué es esto?

vos abrazais mis criadas?

Clara. Como tercera me has hecho

de tu amor, de tal manera

le desvaneci sus celos,

y tan gustoso ha quedado,

que me dió un abrazo en premio.

Gabr. Y aun otro he de repetir,

la vez que salir merezco

de tan tormentosas dudas.

Leon. Que os desengañeis me huelgo,

porque no viéndome mas,

no volvais mas á esponeros,

imprudente y atrevido,

á saltar á mi respeto:

ven, Clara. *Gabr.* Obedeceré.

Clara. No dirás, que por lo menos

no he hecho muy bien el papel,

Leon. Y con sobrados afectos:

Otra vez, Clara, de nadie

y mas de hombre que yo quiero,

te me dejes abrazar. *Vase.*

Clara. Yo juzgué que no era yerro. *Vase.*

Mosc. Cuáles quedan.

Gabr. Ves, Moscon,

una rabiando de celos,

otra de desconfianzas,

el padre mal satisfecho?

pues todo ha de componerse;

yo los traeré al retortero.

Mosc. Créolo de tus embustes,

y que has de lograr con ellos

hacer eterna la fama

de Gabriel el Pastelero.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Miguel y Gabriel.

Gabr. Mejor en el campo estamos.

que aqui no nos oye nadie:

á qué te quedaste á solas

en el convento? *Mig.* Al instante.

que te saliste, doña Ana
ordenó que me llamasen,
y doña Francisca Nielo
me dió después de su parte
este vaso de unicornio,
este reloj de diamantes
del rey Felipe segundo,
guarnecido de corales,
este retrato, este libro
de oro, y esta piedra grande
bezar, para que te diese,

Gabr. Y para qué lo tomaste?

Mig. Como no es cosa escusiva,
no me pareció escusadas
recibirlo. *Gabr.* Hiciste mal;
pues dándome, como sabes,
doña Ana en otra ocasión
joyas, que á lo menos valen
mas de doce mil ducados,
porque nunca se pensase
que soy hombre ruin, y pueden
los intereses regarme,
no las tomé. *Mig.* Ya lo sé;
y sé; que eso fue bastante
á confirmar á doña Ana
en el primer dictamen,
de que hombre á quien la riqueza
ni le mueve ni le atrae,
no puede ser sino noble.

Gabr. Qué tan del todo se engañe
esa señora! *Mig.* Qué mucho,
si cuando la visitaste
esforzaste la afición,
con palabras y ademanes
primero rústicamente,
á fin de disimularle,
y luego con magestad
tan natural y tan grave,
que no digo yo mujer,
cuyo sexo es blando y fácil,
sino el hombre mas astuto
no dejará de engañarse.

Gabr. Parécete á ti, Miguel
(hablémonos sin disfraces)
que esta esquisita maraña
puede pasar adelante,
sin que siendo descubiertos
nuestras dos vidas lo paguen?
Doy que llegue á conseguirse,
doy que llegue á declararme
en Portugal, doy que sea
todo feliz, todo fácil;
Corona que es de Filipo,
rey tan sagaz y tan grande,

Cetro que no es de derecho
de conquista ni de sangre;
mío, siendó un hombre yo
de tan obscuro linage,
cómo es posible, que el cielo
permita que yo le mande?
pues sabemos que los reinos,
siendo Dios quien los reparte,
que no se puede engañar,
se dan solo á los que nacen
destinados para reyes
con virtudes naturales.

Todo esto no te hace fuerza,
Miguel?

Mig. No, Gabriel, no me hace
Alejandro engañó á Siria,
dónde logró coronarse
por el dictamen de Augustop,
todas las septentrionales
naciones jamas tuvieron
los reyes mas principales,
sino á los que del valor
ayudados y del arte
lograron llegar al trono;
Roma esta vezida declare,
pues cuantos Cesáres vjó
de tan indécitos padres,
de tan obscuros principios,
que la púrpura llamante
repitió el entrojarse,
si sintiendo vulgarizarse?
Lleguemos á Portugal,
que aun cuando allá se declare
nuestra ficción, viéndote
á fin de que libres se hallen
del imperio castellano,
no solo há de perdonarse
nuestro error, sino es hacernos
estátuas de bronce y jaspes.
Bien sabes que desde el punto
que te vi, empecé á guiarte
(viéndote tan parecido
en vrosas acciones y talles
al Portugués Sebastian)
á que fingir intentases
ser el: hasta hoy no hay azar
que con razón te desmaye;
pues qué teimes? *Gabr.* Nada temo;
y estando tú de mi parte.
Mig. Presto lo verás, pues luego
que á entrar á Portugal pasas,
avisado don Antonio
saldrá al camino á matarte,

y con eso quedaremos
yo contento y el triunfante;
pues de la ocasion valido,
alzará los estandartes
Portugal por su bastardo.

Gabr. En qué te suspendes?

Mig. Dame
permiso de que á enviar
vaya aquellos memoriales
que has despachado.

Gabr. Ya era
tiempo de que á estos parages
aquellos dos portugueses
hubiesen vuelto.

Mig. Aun no es tarde.

Gabr. Miguel, bájame dicho, que una
compañía de Farsantes
hoy pasa á Valladolid,
haz que esta tarde descausen
en este lugar, que á trueque
de unos doblones holgarme
quiero esta noche en mi casa
un rato.

Mig. No lo reparen
en el lugar. *Gabr.* Yo sabré
trazarlo: hay mas de que llamen,
y entren por la oculta puerta,
que hasta ahora no sabe nadie,
y mande abrir en mi casa
por si es precisa?

Mig. Adelante:
ya sabes, que yo he de hacer
todo lo que me mandares. *Vase.*

*Salen Moscon y Clara con manto tapada,
y un papel en la mano.*

Mosc. Aquí esta mi amo, reina
Dos horas ha, que á buscarte
anda esta dama tapada.

Gabr. A divertir mis pesares
me sali al campo, y sintiera
que tan caro me costase
como perder esta dicha.

Clara. No imagino que es muy grande.

Gabr. Cómo?

Clara. Como quien os busca
soy yo. *Escúbrese.*

Gabr. Mas valor le añado,
que seas tú. *Clara* mía:
tú en mi busca? no quedaste
enojada? *Clara.* Y aun lo estoy;
pero eso de qué me vale,
si soy criada y hacer
es fuerza lo que me manden?
Doña Leonor, mi señora,

sintiendo que te ausentases.

conforme en obedecerla:—

Gabr. No pases mas adelante.

Clara. Eso no, escucha el recado,

y haz luego lo que gustares.

Dice, que una novedad

muy urgente, estraña y grave

la fuerza á que suspendido

aquel decreto te llame:

que vayas á verla al punto;

mas para qué he de cansarme?

este papel lo dirá.

Gabr. Dámela *Clara.* Qué intentas?

Gabr. Rasgarle,

y darle eso por respuesta.

Clara. Eso no, que aunque la engañes

tú, como á mí, siendo yo

la que viene, he de llevarte

la respuesta del papel.

Gabr. Pues empieza tú á notarle.

Clara. tan apurada se apuraron

mentiras y falsedades,

que no hay una que escribirle

siquiera de las que hallaste,

para convenirme á mí?

aunque no, que siendo trases

para Leonor, podrá ser

que encuentres con las verdades.

Dale el papel.

Gabr. Pues traigo con que escribirle,

permíteme que me aparte,

que ya vuelvo con respuesta. *Vase.*

Mosc. Misa Clara, aunque no campen

criados de pasteleros,

con Mondongas de deidades,

permítamle á su servicio

ofrecerme.

Clara. Dios te guarde,

Moscon.

Salen Caluja y quédase á un lado.

Cat. Unos hombres buscan

á Gabriel, y no habiendo alguien

que venga á buscarle, voy

(por si la salido hácia el parque)

á ver si topo con el,

aunque se que de un instante

sola la pastelería;

pero qué miro? ah! vergante!

Moscon con una tapada

con figuras y ademaes?

vive el que vive, que es Dios:

Clara. Con qué esta linda?

Mosc. Hecha un Angel

la niña está. *Clara.* Quién la viera!

Y quién de comer os hace ahora? y la Pastelería quién la asiste?

Mosc. No que hables de eso; una moza maldita que de mí empezó á pagarse en Medina hemos traído, pero el diablo que la aguante.

Cat. Ah picaro!

Mosc. Ella es, taimada, puerca, fría, floja y fácil; y para que los pasteles le puedan salir de valde, no hay gato que no desuelle, ni borrico que no mate; y el carretero que le dan, le vende á las verdinales. El otro día encontré, uno que llevó una ojalde, un zapatico de niño metido entre cuero y carne.

Cat. Mientes, picaro, alcahuete, *Llega.* y ella la horracha infame;

mirame, que si la tojo:—
Clara. Apártese allá *Cat.* Que aparte? mas que me quite un zapato:—

Sale Gabriel.

Gabr. Qué es esto?

Cat. Moscon lo sabe; unos hombres embozados, que ahora han venido á buscarte, en casa están.

Gabr. Pues que vuelvan puedes decir esta tarde, que ya se quienes serán; ó que allá con Miguel traten lo que han de tratar conmigo.

Cat. Yo se que tú me lo pagues, déjate estar. *Vase.*

Gabr. Esta es *Dale un papel.*

la respuesta, en que delante de tí, que la veré digo, y empiece á lijongarte esta joya. *Clara.* Estás en tí?

Gabr. Toma.

Clara. Por no desairarte la tomaré. *Gabr.* Yo lo creo.

Dale una joya.

Clara. Eso está bien, que no cabe, viviendo yo por tercera, que la llevará un desaire. *Vase.*

Mosc. Hombre, vive Jesu-Cristo, que no han de hallar los Anales hombre en mentir mas dichoso.

Dentro Fadr. Ya les digo que se aguarden.

Dentro Rodr. Anda cochero.

Fadr. Ah villanos! matadlos.

Dentro Minist. No hay quien ampare á la Justicia? *Gabr.* Qué escucho!

Justicia dijo? esto haste, que quien no la atiende, no puede tener buena sangre. *Vase.*

Mosc. Pues yo la tengo de chinchés segun eso: fuerte lance!

á un corbe de cuatro mulas con tres hombres, que en el traje

Ministros parecen ser, se les han puesto delante,

al entrar en el Lugar, con mascarás y disfraces,

mas de diez hombres, con ellos envisten, fuerza es les maten,

que son muchos; mas qué miro! á cuchilladas los trae

Gabriel herchos un ovillo: ha guapo del alma, dales,

Sale Gabriel riñendo con Don Rodrigue y criadas con mascarillas.

Gabr. Villanos, ahora vereis como debe respetarse la Justicia.

1. Ay, que me ha muerto.
2. El demonio que aquí pare.
3. Una furia es del Infierno.

Fadr. Huid antes que nos alcancen, no nos conozcan; venid,

que esto no es obrar cobardes, sino es obrar prevenidos:

cielos, que yo malograse la ocasion de que mis celos;

den muerte al que ha de matarme! *Vanse.*

Gabr. Esperad, viles

Sale don Rodrigo vestido de alcalde.

Rodr. Teneos,

caballero, que bastante demostracion de quien sois habeis dado en esta parte,

amparando á la justicia, que es el toque y el quilate

de quien, siendo noble, cumple con lo que debe á su sangre;

yo os estimo, como es justo, la atencion.

Gabr. Señor Alcalde,

lo que yo por mí ejecuto, no me lo agradece nadie.

Rodr. Deseo saber quien sois.

Gabr. Teneis algo que mandarme en particular? *Rodr.* No, amigo.

Gabr. Pues siendo así, que declaro es escusado lo que os espresan las señales; mirad como obro, y con eso sabreis quien soy: Dios os guarde. *Vase.*

Rodr. En toda mi vida vi hombre mas vano y mas grave: ha hidalgo.

Mosc. Que se os ofrece.

Rodr. Este es el mismo semblante. *ap.* que el otro: ¿quien es este hombre, que tan bizarro y arrogante me dió favor?

Mosc. Lo que os puedo decir, que es, por lo agradable, hombre de muy linda masa, aunque bien suche picarse, y que entiende de repulgos.

Rodr. Es hidalgo de linaje? *Mosc.* Si, pella tiene, y anda todas las mas de las tardes con Faxardo y Monte-rey, caballeros principales. *Vase.*

Rodr. Ya no quiero saber mas, y pues dos causas me traen á Madrigal, la una de ellas, la orden que aqui ha de enviarme el Rey, en estando aqui para un negocio muy grave, que hasta ahora no sé lo que es, aunque sé que es importante: y la otra, ya que Don Sancho de Basconchos me trate boda con Leonor su hija, ver con quien he de casarme, que bodas tratadas, pocas veces suelen acertarse: quiero entrar en el lugar, llegue el coche.

1. Ha Juan, no pares, llega.

Rodr. Han seguido á esos hombres?

2. Tras ellos fué Andres Gonzalez el Alguacil. *Rodr.* Si consigo saber quienes son los tales, yo haré que en una Galera aprendan á disfrazarse. *Vase.*

Salen Clara y Leonor.

Clara. Aquesta joya me dió.

Leonor. No te he dicho que es galante? así Clara, fuera amante; pero en fin qué respondió?

Clara. Que ya estaba convencido;

pero que habiendo notado, cuando le dicen que estado tomas, qué le has despedido; si viene á verte, será solo por no desairarte, y por poder suplirte lo que de él no te acuerdes ya.

Leon. Tan airado está? *Clara.* Si en tí ve tan trocada la té, qué quieres que haga? *Leon.* No sé.

Clara. Lee el papel. *Leon.* Dice así:

Lee. Aunque el ver claro un engaño en es escarmiento oportuno, iré, pues ya llevo el uno, á dar á otro desengaño; porque no penseis que están mis escarmientos, Leonor, para que astucias de amor los desiguren. Don Juan.

Al paño Sancho. Leonor leyendo un papel, y con el fienco en los ojos? qué miro!

Leon. Ya tus enojos lograrás Don Juan cruel; pues viéndome enagenada, vengado te hallas de mí.

Clara. No lores, señora, así, que no remediamos nada; á vencer á Don Juan prueba, que así tu enojo se ataja.

Sancho. Por Dios, que muy linda alhaja traje en la criada nueva; qué Don Juan puede este ser?

Clara. Si una vez te llega á oír, no se sabra resistir.

Leon. Y cómo habemos de hacer para lograr verle? (ay Dios!)

Clara. A tu padre engañaremos, la vuelta le ogeremos.

Sancho. Yo lo fio de las dos.

Clara. Mas de una cosa me pesa, y es, que si en otro poder entras, me pierdo hoy el ser criada de una Alcadesa.

Leon. Sin Don Juan no aspiro á nada; solo á que resuelva aguardo.

Sancho. Si una migaja me tardo, por Dios que la hallo casada.

Clara. Señor viene. *Leon.* Ay de mi triste! mejor irnos ha de ser.

Sale Sancho. Tente, que antes he de ver ese papel que escondiste.

Leon. Qué papel es este que me has dado?

Clara. Es un mio. Ya se de quien es, villana,

Sancho. Ya se de quien es, villana, y se lo poco que gana

con un injusto alvedrío

un trato amable y atento;

pues cuando yo desvelado

ponga a todo mi cuidado

en lograr tu casamiento

contau hombre principal

de estudios y de esperanzas,

¿andas tú en estas andanzas?

no sé cómo sufro tal

mas yo lo agalezco mucho,

que tu engaño y resistencia

justifican mi violencia;

qué he de aguardar, cuando escucho,

que hay papel y que hay Don Juan?

esperaré inadvertido

a saber que ya es marido

el que se que ya es galán?

no por cierto; y pues que hoy

á Madrigal ha llegado

Don Rodrigo tu tratado,

al punto á buscarle voy;

hoy te has de casar, que así

no pierde mi honor su esfera. *Vase.*

Leon. Ove, escucha, aguarda, espera:

ay infelice de mí!

que ya que no me casara

con Don Juan le concediera;

como con hombre no fuera

á quien no he visto lá cara.

Clara. A tí no te han de forzar.

Leon. Mucho es de un padre el poder.

Salen Ines y Mosc.

Mosc. Reina mía, quiere ver

si hay licencia para entrar.

Ines. Servidor, señor Moscon.

Leon. Quien está á la puerta, Inés?

Ines. Gabriel de Espinosa es.

Leon. Qué entret.

Sale Gabriel.

Gabr. En tan festiva oracion,

como diá Leonor bella,

que en tan venturoso empleo,

la ánterha enciende Hiueneo,

en la más brillante estrella,

á quien se puede negar

la entrada no puede ser,

todos han de entrar á ver

para tener que envidiar.

Clara. Que sabiendo que es fingido

lo que le dice estudiado,

de el oírlo talentado!

Mosc. La casa buela á marido.

Ines. Algo hay de eso.

Leon. Ya, don Juan,

otra pena no faltaba

á quien de llorar acaba

los disgustos que la dan,

sino que al verme sin tí

ni lo sientas ni te asombres.

Clara. Mira lo que son los hombres,

todos ellos son así.

Gabr. Yo te confieso, Leonor,

que solo tu casa es centro

de mi luz, solo aquí dentro

hallá descanso mi amor,

aquí está mi bien, mi encanto.

Clara. Conmigo habla, en mí repara.

Leon. No está muy extraño, Clara:

cuando me requiebra tanto.

Clara. Su modo de hablar no apruebo,

quizás con doblez te hablo.

Leon. No digas eso, que yo

sé muy bien lo que le debo.

Clara. Si lo sabes, para qué

me lo preguntas?

Leon. Pues vi,

don Juan, que aquí duran en tí

carino, lealtad y fe,

te ruego, que á olvidar pases

disgustos, ansias y quejas

y dime, que me aconsejas?

Gabr. Que luego al punto te cases;

Leon. Eso dices? *Gabr.* Eso digo,

en el lugar divulgad

está, Leonor, tu tratado;

es un hombre don Rodrigo

de Santillana muy noble,

muy galan y muy cortés,

tan á propósito es,

que fuera en mi trato doble

no decirte esta verdad;

al principio hay estrañeza,

pero despues la fineza

conquista la voluntad.

Yo aunque sea caballero,

mientras ocultar conviene

mi estado, el mundo me tiene

pór un pobre Pastelero;

mira tú si eliges mal

en trocar con tu favor

un hombre humilde á un señor,

á un hidalgo un oficial.

Hará un gran desütino

en no estar gustosa y rica.

Mosc. Vive Dios, que la predica

- mas que un fraile capuchino.
- Gabr.** Clara, tú que en todo estás persuadela lo mejor. ves lo que hago por tu amor?
- Clara.** Es porque no puedes mas.
- Ines.** Señora, a vencer no puedes, á quien desaires suspira, de un falso, un alevé :-
- Clara.** Mira si sabes lo que le debes.
- Leon.** No siento, señor don Juan de Silva, ó señor Gabriel, como quisierais, que inútil paguéis mi amoroso afau: que claro esta, que enojado no es mucho, habiendome oído, que no salgais al partido, que que estimára mi cuidado: lo que yo ahora deseára era, que camina hubiera para que se suspendiera la aceleracion tan rara en que mi padre me ha puesto, casándome hoy (ay de mí)
- Gabr.** Clara, parece á ti, que hay inconveniente en esto?
- Leon.** Pues Clara, qué ha de saber si hay inconveniente ó no? quien lo pregunta soy yo.
- Gabr.** Ella me ha de responder, que no sé yo, pues ha sido de tus secretos la llave, si esto ejecutarse cabe.
- Leon.** Yo me doy á ese partido. Hay misterio en que pues ya que mi padre me violenta, se dé tiempo á lo que intenta?
- Clara.** Digo yo, que no le habrá: eso, señor, has de hacer.
- Gabr.** Si; pues yo haré que se espere, y que cuando yo quisiere: te case. **Leon.** Cómo ha de ser, si hecho una fiera salió, y ya concertado está?
- Gabr.** Como se suspendará.
- Leon.** Quién nos lo asegura?
- Gabr.** Yo.
- Leon.** Pues tú quién eres, que así en mi padre has de mandar?
- Gabr.** Soy quien le puede obligar.
- Leon.** A que no me case? **Gabr.** Sí.
- Leon.** Raro poder! fuerte imperio!
- Gabr.** Ahí verás quien es Gabriel ó don Juan.
- Leon.** Ya sé que en el ó hay embuste ó hay misterio.
- Mosc.** Gente viene. **Ines.** Mi señor sube ya por la escalera.
- Leon.** Qué haremos?
- Gabr.** Aguarda, espera, escondernos no es mejor?
- Leon.** Yo no lo sé.
- Gabr.** De este modo vamos mal, si alguien repara.
- Leon.** Respóndelo tú, Clara, pues que te consulta en todo.
- Mosc.** Vamos. *Retiranse.*
- Clara.** Entren ahí. **Ines.** Señora, al núvio y tu padre he visto.
- Leon.** Pues al núvio le conoces?
- Ines.** No, pero que él es me han dicho. *Salen don Sancho, don Rodrigo y don Fadrique.*
- Sancho.** Yo agradezco esta ocasion, que me anticipa á serviros el tiempo en vuestra venida: esta es, señor don Rodrigo de Santillana, mi hija.
- Rodr.** Decid que es el sol benigno, que á las puertas del Oriente coronado de záfiros, viste el cielo de esplendores, y el orbe de regocijo; no he visto muger mas bella.
- Fadr.** Esto escucho y esto miro. *ap.* pero, relus, sufrimiento hasta hacer lo que imagino.
- Sancho.** Háblale, Leonor, qué es esto?
- Leon.** Señor, que vengais estimo con gusto y salud.
- Rodr.** A quién no sobran esos alivios, si logra, habiendo cegado, la gloria de haberos visto?
- Fadr.** Yo, señora, discurrendo, que con esto os agralo y sirvo, á cuanto este caballero me mandare, me he ofrecido.
- Sancho.** Mucho de bemos, Leonor, al noble bizarro estilo con que el señor don Fadrique nos honra.
- Leon.** Quien por sí mismo lo ejecuta, de sí propio debe estar agradecido.
- Sancho.** Qué desagradable estás?
- Leon.** Enséñame tú el camino de amar en un cuarto de hora.

Rodr. Feliz soy.

Fadr. Sin alma vivo.

Ines. Qué figuras!

Clara. Bien extrañas.

Mosc. Lo escuchas?

Gabr. Todo lo he oído.

Sancho. Señor don Rodrigo, y cuál ha sido el nuevo motivo, que á Madrigal os conduce?

Rodr. El primero y el más digno es haber visto la dicha de un bien que no he merecido: y el segundo, cierta orden con que el rey venir me hizo á un negocio de importancia, á que no he dado principio, porque aun ignoro lo que es, hasta que haya recibido por las cartas los despachos; bien que ya no falta indicio de que hay en el Madrigal mucho daño.

Sancho. Pues qué ha habido hasta ahora en él, que os disguste?

Rodr. Qué mas, que cuando quisimos entrar hoy por la mañana en el lugar, atrevidos diez hombres enmascarados arrojar al coche mismo en que venia, á matarnos á mi y á los dos Ministros que iban conmigo sin dudar, pero en fin, el cielo quiso, que se hallase allí un Gabriel de Espinosa, así me han dicho que es su nombre; el más bizarro Pastelero que yo he visto, porque con el mayor garvo sacó la espada atrevido, que jamás espero ver, y en un instante les hizo huir, despues que riñeido descalabró cuatro ó cinco: quién es este Pastelero?

Fadr. Es hombre de traza y brío: aunque fué contra mi el lance: yo siempre la verdad digo.

Sancho. El Pastelero es hidalgo bien honrado, yo lo afirmo; si supiera quien él es.

Gabr. Lo oyes?

Mosc. Son unos cochinos, que no me alaban á mí.

Rodr. Mucho de él he presumido,

que cuando le hablè, me hablò con tan grave señorío y tan rara Magestad, que á no haber su garvo visto, le tuviera en su preñez por loco de buen capricho.

Sancho. Haced mejor juicio de él.

Leon. Cada vez hallo motivos, Clara, de quererle mas.

Clara. Ahora con eso salimos?

Sale un Ministro con unos pliegos.

Minist. Señor, Sancho. Qué hay?

Minist. Con estos pliegos viene de casi un Ministro buscando al señor alcalde.

Rodr. Permitid que vaya á abrirlos.

Sancho. Venid.

Rodr. No, que á mi me importa ir solo, y así os suplico, que os quedeis: Señora, el cielo en vuestro rostro divino guarde lo mejor.

Leon. La cortesania admito, no la lisonja; él os lleve con bien.

Sancho. Qué os ha parecido Leonor?

Rodr. Tanto, que el instante que suspendiéreis remisó la fortuna por quien muero, hacéd cuenta que no vivo. *Vase.*

Sancho. Leonor, entra á disponerte, que esta noche determino quedés casada. **Fadr.** Señor don Sancho, oídme os suplico: Yo he servido á vuestra hija desde que á Madrigal vino, con el mas honesto amor y el afecto mas rendido, que se debe á una hermosura,

Sancho. Qué decís?

Fadr. Esto que os digo; que he querido esté delante, para que habiendo venido á este despecho mi amor, sepa que es constante y fino.

Sancho. Ve aquí lo que son las hijas, no balla un padre uno al principio, y en estando concertadas, brota la tierra maridos.

Fadr. Yo la he servido leal, y aunque mal correspondido, en fuerza de ser quien es, no tanto, que mi cariño

jamás de ser venturoso
 quedase destituido.
 No soy tampoco hijo de algo,
 tampoco estimado y rico,
 que no merezca nombrarme
 su esclavo y no su marido.
 No os digo que me la deis,
 teniendo ya á don Rodrigo
 dado el sí, solo prevengo
 que yo soy aquel que quiso
 á la entrada del lugar
 matarle, y que si al abismo
 baja, han de hacerle pedazos
 mis celos, pues mi delirio
 no está en parage de que
 piense en mas, que en precipicios:
 ved lo que os está mejor,
 ó que sea el elegido
 yo, ó que muriendo los dos,
 le quede al mundo camino
 de que ande vuestra opinion
 vagando de juicio en juicio. *Vase.*

Sancho. Oid, escuchad: qué es esto,
 Leonor?

Leon. Es un desvarío
 de un hombre necio.

Sancho. No habia
 bastante (un volcao respiro!)
 con aquel Don Juan de Silva,
 que los púeples te ha escrito,
 sin salir un Don Fadrique
 con estotro desatuiuo?

Leon. Señor:—

Ines y Clara. Airado está el viejo.

Sancho. Pues por ese caso mismo
 te has de casar luego, luego,
 que ya con tales juicios
 llega este caso á parage,
 que peligre el honor mio:
 vete á vestir luego al punto.

Leon. Para qué? **Sancho.** No lo has oido?
 para casarte, **Leon.** Casarme
 sin mi eleccion?

Sancho. Gusto es mio:
 vive el cielo, que ha de ser.

Leon. No hay quien baste á resistirlo?

Sancho. No hay quien baste.

Leon. Si hay. **Sancho.** Quién?
Salen Gabriel y Moscon.

Gabr. Yo.

Sancho. Señor, vos escondido
 en mi casa?

Gabr. Vine á veros,
 y viéndoos entrar seguido

de Don Fadrique y estotro,
 á quien defendió mi brio,
 hoy en el campo, me quise
 ocultar.

Sancho. Buen arbitrio;
 pero qué deris, señor?

Gabr. Que aunque la hayais prometido,
 no es mi gusto que caseis
 á Leonor.

Sancho. Ved os suplico,
 que está mi honor de por medio.

Gabr. Vuestro honor es el que miro.

Sancho. Y mi palabra?

Gabr. No importa.

Sancho. Y el mundo?

Gabr. Este es gusto mio,
 Don Sancho, yo he de casarla
 en Portugal á mi arbitrio:
 yo no quiero que dejéis
 en Castilla vuestros hijos.

Sancho. Señor, está bien.

Gabr. Despues
 me buscad: Leonor, yo fio,
 que hará lo mejor don Sancho,
 no teneis de que afligiros. *Vase.*

Leon. Qué es esto, Cielos, qué veo?
 posible es que aqui escondido
 no hay gran misterio.

Sancho. Leonor,
 no he de forzar tu alvedrio,
 ya no te quiero casar.

Leon. Y cuando quieras te pido;
 que me cases con Don Juan,
 pues puede con tu alvedrio
 tanto.

Sancho. Qué Don Juan, Leonor?

Leon. Este, señor, este mismo,
 que ahora se acaba de ir,
 éste aquel papel me ha escrito,
 aqueste es don Juan de Silva,

Sancho. Tú me harás perder el juicio,
 este es hombre que no puede,
 Leonor casarse contigo.

Leon. Pues mira como ha de ser,
 porque él me lo ha prometido. *Vase.*

Clara. La tortilla se descubre.

Ines. Quién tan gran enredo ha visto!

Sancho. Yo no se que me sucede:
 yo prometí á Don Rodrigo
 á Leonor, darle la muerte
 Don Fadrique airado quiso:
 un don Juan la galautea,
 que es el rey; este rey mismo
 es Gabriel el Pastelero,

- que está en mi casa escondido,
Yo la caso y no la caso:
valedme, cielos divinos,
que no sé en que han de parar
tan extraños laberintos. *Vase.*
- Salen Maravate, Rodelós, los dos portugueses y Gabriel.*
- Port. 1.* Este memorial me dió
el marqués de Formigueyra.
- Port. 2.* La provincia de la Veira
aastiros decretó
con tres mil hombres montados.
- Port. 1.* Aqueste es del de Visé.
- Gabr.* Con vuestras noticias creo,
que quedarán consolados
mis Portugueses.
- Port. 1.* Señor,
es tan grande la alegría,
que os espera cada día
con mayor lealtad y amor.
- Gabr.* En mi trono me verán
muy aprisa. *Port. 2.* Allá por fé
apenas hay uno, que
no espere al rey Sebastian.
- Gabr.* Para cuando me halle allá;
Don Juan, vuestra es la encomienda
de Oporto.
- Port.* Servir pretenda,
quien premios recibe ya.
- Gabr.* Quién está en Yelves?
- Port. 2.* Señor,
Don Juan Brito.
- Gabr.* Don Juan Brito?
dejarle allí solícito:
Yo os doy de Monte-Mayor
el Gobierno.
- Port. 2.* A mano llena,
señor, hourais mi hidalgua.
- Gabr.* Vino ya la compañía?
- Mig.* Sí señor.
- Gabr.* Saquen la cena.
- Ponen un aparador grande de plata, y una mesa con mucho adorno; sacan á la Niña y la sientan en una silla, y todos sirven de rodillas.*
- Mig.* En esto no sé si gana
Gabriel. *Gabr.* Miguel.
- Mig.* Señor.
- Gabr.* No han traído el aparador
de la señora doña Ana?
- Mig.* Sí.
- Gabr.* Que le pongan.
- Sale don Sancho.*
- Sancho.* Sintiera,
señor el haber tardado.
- Gabr.* A buen tiempo habeis llegado.
- Port. 1.* Qué magestad tan severa!
- Mig.* La princesa.
- Gabr.* Aquí ha de ser:
quereis vos cenar, mi Aurora?
- Niña.* Sí, padre, aunque soy señora,
teugo gana de comer.
- Gabr.* Cauten, servid.
- Sancho.* Quién ha visto
pasar tan de extremo á extremo?
á mi propio juicio temo.
- Mosc.* Absorto estoy, vive Cristo.
- Dentr. Musica.* Por despojar á Muley
el rey Sebastian murió,
el mundo un héroe perdió
y Portugal un gran rey.
- Gabr.* Qué dice esa vil caucion?
de caso fatal é incierto,
qué importa, si yo no he muerto,
qué muriese mi opinion?
Solo en la fama espiré :-
si me mató para España
una hazaña, de otra hazaña
Fenix resusitaré:
y á quien me admitiere mal
y á no adorarme se apreste;
haré trozos como este
endurecido metal. *Rompe un plato.*
Sebastian no deshacia,
ya le rompa ó ya le fuerza,
cualquier hierro? pues su fuerza
no ven que aun vive en la mia?
Yerro el que me imputan es,
pues deshágale mi mano,
y tiébleme el castellato,
y témame el portugués;
pues yo :- *Los 3.* Señor:-
- Niña.* Ay de mí!
- Gabr.* Hija mia, no lloréis,
no, no temáis: no canteis.
- Mig.* Gustas de que dancen? *Gabr.* Sí
- Port. 1.* El que rey no le creyere;
venga á tratarle. *Port. 2.* Confieso
que le temí.
- Sancho.* Aqueste escoso
no le hará quien rey no fuere.
- Dentro.* Abrañ aquí á la justicia.
- Todos.* Qué es aquesto?
- Gabr.* No os turbeis,
una pendencia he tenido
hoy, y buscarme este ruido
es, vosotros os podeis
por la puerta oculta ir,

Mosc. Ay, que vuelven á llamar,

Gabr. Vosotros podeis quedar,
que aqui no hay para que huir,

Port. Señor, todos moriremos,
si á tu defensa importamos.

Gabr. No os he dicho que os vais?

Los 3. Vamos,
que así mas servicio hacemos. *Vanse.*

Quitan las mesas, y muéstrase Gabriel de trage.

Rodr. Vayan al suelo. **Minist.** Ya cayó.

Gabr. Quién entra de esta manera
en mi casa (súerte fiera!)
con tan poco modo?

Salen don Rodrigo y Ministros.

Rodr. Yo:
sois Gabriel el Pastelero?

Gabr. Si soy. **Rodr.** Pues qué desacato
es, si como tal os trato,
entrar así? **Gabr.** Un caballero,
si prende un hombre de bien,
debe prenderle sin ruido.

Rodr. Remediarse no ha podido;
inquirid el cuarto bien,
toda la casa mirad;
y pues con ruido le incito,
á la cárcel rallandito
al hombre de bien llevad.

Entranse algunos Ministros.

Gabr. Mirad que soy hombre honrado,
y ved que hoy os he valido,

Rodr. Como Ministro me olvidó
del padre que me ha engendrado.

Gabr. Pues como quien sois, que es
en lo que mas me confío,
os reconvengo. **Rodr.** Rey mio,
eso se verá despues.

Sale un Ministro con unas joyas.

Minist. Estas alhajas he hallado.

Rodr. Ricas son, y qué papel?

Minist. Nada. **Rodr.** Sois, señor Gabriel,
Pastelero acomodado.

Gabr. No son mias. **Rodr.** Las señales
lo manifiestan así;
tomad, no faltan aqui,
porque son alhajas Reales.

Sale un Ministro con Miguel.

Minist. Señor aqueste Estudiante
iba á saltar de un balcon.

Mig. Mirad. — **Rodr.** Vaya á la prision,
que allí briueará bastante.
No sois vos un tal Miguel
de los Santos? **Mig.** Ese mismo.

Rodr. Juzgo que en este embolismo
no haceis vos poco papel.

Sale un Ministro con Rodelos.

Minist. Este hombre estaba escondido.

Rodel. Señor pues yo en qué he pecado?

Rodr. A la cárcel con cuidado.

Sale Maravete.

Maravet. Quién causa todo este ruido?

Rodr. Preuded á esotro tambien.

Sale Moscon.

Mosc. Por dónde podré escapar?

Rodr. No dejéis á ese pasar:

á la cárcel. *Sale Catuja.*

Cat. Ay mi bien!

que me llevan á Moscon.

Rodr. Prendan tambien á esa moza.

Mosc. Como la pongau corozá,
yo doy por bien mi prision.

Niña Padre. **Rodr.** Tambien esa niña.

Gabr. La Niña qué ha cometido?

Rodr. Si la llevamos sin ruido,
no habrá porque usted nos riña.

Minist. Todos á la cárcel luego:
señor, papeles he visto.

Rodr. Cogelos, pléguete Cristo.

Mosc. Parece cosa de juego:

Jesus que enjambre que vamos!

Gabr. Ved que soy, señor Alcalde,
mas que pensais. **Rodr.** Ea llevadle;
ahora en eso nos paramos?
Pastelero os halo aca,
yo obro Ministro severo,
si sois mas que Pastelero,
en la cárcel se verá.

JORNADA TERCERA.

Corren la cortina, y habrá una mesa con recado de escribir y campanilla, y Don Rodrigo estará sentado en el centro á un lado un escribano y Ministros.

Rodr. El Rey pone á mi cuidado
un árduo negocio, tal,
que España no le vió igual
en este ni otro reinado.
Que yo me desvele es ley,
hasta que le satisfaga,
y ni aun así no se paga
la confianza de un rey.
Ya á la señora doña Ana
tomé su declaracion.
con la debida atencion
á muger tan soberana:
pero me tiene admirado,
temeroso y vacilante,
en caso tan importante,

las cosas que ha declarado.

Muger de virtud tan rara,
tal sangre, tal santidad,
cosa que no sea verdad,
no dijera ni jurara:

y las que hasta ahora van
escritas (rigor severo!)
prueban que este Pastelero
es el rey don Sebastian.

Si se cree á tal persona,
y á lo que presume el mundo
pierde Felipe Segundo
la portuguesa corona.

Pues no he de dejar indicio
de este embuste, este secreto;
si yo fuera muy discreto;
ya hubiera perdido el juicio.

Rodelos: ola llamado
á Rodelos Ministr. Ya está aquí.

Sate Rodelos con grillos.

Rodr. Que hay? cómo os hallais así?

Rodel. Con poca comodidad.
Rodr. Yo lo creo, que no es bueno
andar de salto y de error.

Rodel. Muy malo es traer, señor,
las espinillas con freno.

Rodr. Yo haré que os alivien de él,
si la verdad me decís;
cuánto tiempo ha que servís
al Pastelero Gabriel?

Rodel. Un año.

Rodr. Y qué habeis notado
lo que ha que le habeis servido?

Rodel. Que el está rico y lucido,
que anda siempre bien portado,
sin tener gage ni renta,
y en un continuo misterio,
que ya tratable, ya sério,
unas veces representa
ser Pastelero, otras Duque,
que á cualquiera vuelve loco,

Rodr. Señor Rodelos, poco á poco,
no sea que me trabuque:
venid acá, este Pastelero
es aváro? es codicioso?

Rodel. Antes es tan generoso,
que desperdicia el dinero.

Mucho antes que entrase yo
tuvo, señor, dos criados,
y con doscientos ducados
el uno se le escapó.

Cierto amigo que tenia
le dijo, hacia muy mal
es no cobrar su caudal;

y él con grande bizarría

dijo, jamás le haré daño

si á la vista se me ofrece,

que mayor paga merece

quien logró servirme un año.

Rodr. Con qué espíritu y valor
no viven en el en valde?

Rodel. Me quemen, señor Alcalde,
si él no fuere gran Señor:
y aun yo:-

Rodr. Diga sin afán,
descubra, amigo, mas luz.

Rodel. Juraré á Dios y á una Cruz,
que es el Rey Don Sebastian.

Rodr. Tambien está loco, amigo,
como lo está ese pobrite

Rodel. Yo apuesto, que Maravete
confirma lo que yo digo.

Rodr. Ya lo veremos, andar:
Maravete.

Vase Rodelos y sale Maravete.

Ministr. Alla va eso

Rodr. Qué hay? cómo estais?

Marav. Señor, preso

Rodr. Me pesa. Marav. Echarlo á rodar.

Rodr. Qué tiempo habrá que á Espinosa
servís? Marav. Habrá un año entero.

Rodr. Qué sabeis de este embustero?

Marav. Señor, maldita la cosa;

porque yendo al Locutorio

de la señora doña Ana,

ó á otra parte él; que no es raro,

porque no fuese notorio

su tratado ó su secreto,

siempre en casa nos dejó,

ninguno le acompañó.

Rodr. Con efecto? Marav. Con efecto,

solo un día me quedé

en su cuarto y me escondí,

y entrar dos personas vi,

y segun lo que observé,

un Obispo parecia

y á otro llamaba Marqués.

Rodr. Gabriel de Espinosa? Marav. Pues,

Rodr. Y ellos con qué cortesía,

qué trato ó qué urbanidad

con Gabriel despues hicieron?

Marav. El trato que alli le dieron

ambos, fué de Magestad;

y en lo bizarro, y lo atento,

lo cortés y lo entendido,

yo le tengo conocido.

Rodr. Mirad que vayais con tiento.

Marav. Que no, que le tengo yo,

bien visto, el es Portgugues,
y el Rey Don Sebastian es,
que en Africa se perdió.

Rodr. Qué deciris? *Marav.* Esto qué digo,
y lo juraré á porfia
á Dios y á Santa Maria.

Rodr. Id con Dios: otro testigo.
Fase Maravete, y sale Moscon.

Minist. Moscon.

Rodr. O señor Moscon?
venis apesadumbrado?

Mosc. Señor, traigo aquí encajado
un Acto de Contricion.

Rodr. De Contricion? cómo asi?

Mosc. Como aunque tenga disculpa;
por mi culpa, por mi culpa
me pise de estar aquí.

Rodr. A que encierro os envié?

Mosc. A uno en que hay tantos ratones,
que me engullen los calzones,
porque sienten no sé qué.

Rodr. Ahora bien, vos sois criado
de Espinosa el mas querido,
decid qué os ha sucedido
lo que há que andais á su lado?

Mosc. No lo declaró Catuja?

Rodr. Qué Catuja?

Mos. Aquella moza
pretendiente de corozas
por los meritos de bruja.

Rodr. Pues esa, dime, qué vió?

Mosc. Mas que yo: no estaba allí?

Rodr. Oia, Catuja. *Minis.* Entra ahí.
Sale Catuja.

Cat. Loado sea el que crió
el sapo sin coyuntura,
el hombre en forma de cá,
la muger lampiña, y la
calabaza sin costura.

Rodr. Estraña salutation.

Mosc. Ya que está la gente junta,
forme usasté su pregunta

Cat. Haga su interrogacion.

Rodr. Supuesto que habeis servido
á Gabriel el Pastelero,
que me hagais patente quiero,
qué habeis visto y entendido
de su trato y de su obrar.

Mosc. Torante á Pastelería
no es de la incumbencia mia.

Cat. Enteso debo yo hablar.

A mi con ese cuitado
me recibí allí en Medina,
y esto con la alicantina

de estar todo á mi mandado.

La Pastelería se puso,
trajo este Oficial Gabriel,
que el jamás tomó pastel
en mano.

Rodr. Yo estoy confuso.

Cat. Antes el pastel que habia
de valer tres cuartos, daba
por dos, y esto lo mandaba,
que él en la Pastelería
jamás entró, ni hubo indicio
de que allí le viese un hombre.

Rodr. Con que él solo para el nombre
vino á tener el oficio?

Cat. Si señor, pues la chiquilla,
esa es otra.

Rodr. Es de Gabriel?

Cat. No puede negar que es de él,
es cosa que maravilla.

Yo la he criado, señor,
y si no está arrodillada,
no toma de la criada
la comida, es un horror.

Si no hay plato es menester
hacerle de cualquier cosa,
es damísima y hermosa,
y cuando la quieren ver,
parlar con mucha alegría,
donosura y gravedad,
dénle Alteza ó Magestad,
verán que aquel es su dia;
si no, da gritos cruces.

Rodr. Y quién es su madre, di?

Mosc. Aqueso me toca á mí
que esos son otros papeles.
Clara la que en casa está
de Don Sancho Basconcelos
con Leonor:—

Rodr. Qué esuecho, Cielos!

Mosc. Fuese á acomodar allá,
porque la engañó en Medina
Gabriel, ofreciendo vano
darla al instante la mano.
Ella con esta pamplina
una noche le dió entrada,
siendo, aunque humilde, muy bella,
con que anocheció doncella,
y remaneció preñada.

Parió, entrególe á Gabriel
la niña que habia parido:
él por no ser su marido,
huyó á Madrigal; tras él
vino Clara, acomodóse
con Don Sancho, como digo,

donde por su mal, testigo
sus celos remienda y cose;
pues con nombre de Don Juan
halló el Gabriel que buscaba,
que á Leonor enamoraba
muy ufano y muy galán:
y ella, muy pagada de él,
la daba humo de narices.

Rodr. Qué dices, hombre, que dices?

habrá suerte mas cruel!

¿quién es el Don Juan que cuentas?

Mosc. Es Gabriel el Pastelero.

Rodr. Y amaba á Leonor? (qué espero!)

Mosc. Hay otras mil y quinientas.

Rodr. Habla, pues, pasa adelante.

Mosc. Nada ha de quedar por Cristo.

Rodr. En to-la mi vida he visto
embolismo semejante.

Mosc. Este Gabriel ó Don Juan,

ó Señor ó Pastelero,

ú Oñcial ó Caballero,

es el Rey Don Sebastian;

Portugueses han venido

á servirle y á adorarle,

á plañirle y á llorarle;

cada día echa un vestido,

una joya una pieseá,

y á quien de cerca le mira,

encoge turba y admira,

y no es posible que sea

sino es Rey, en su hidalguía,

en su trato amible y fiel;

lo demás sólo Miguel

lo sabe. *Cat.* Oye Usefioria,

antes que este picaron

de su presencia se vaya,

presento ante usted mi saya

en grado de apelacion.

Rodr. Tu saya, para qué efecto?

Cat. Para que aqueste malvado

esta con nigó casado

de secreto. *Rodr.* De secreto?

Cat. Si señor; però tan grave,

que el que se llegó á casar,

lo sabe todo el Lugar,

mas la Iglesia no lo sabe;

mi honra pido.

Mosc. Mi honra pido?

que esta picara embustera

me levanta esta quínera.

Cat. Señor. *Mosc.* Señor,

Rodr. No hagan ruido;

ola, llevadlos afuera.

Minist. Vengan.

Cat. tengo de gritar.

Mosc. Yo me habia de casar

con la puerca Pastelera?

vaya que es un arambél.

Cat. Tú me buscarás, tramposo,

que siempre andar es forzoso

la mosca tras el pastel. *Vanse.*

Rodr. En cada paso que ofrece

averiguacion tan nueva,

en este hombre se comprueba,

que es mas de lo que parece.

Hombre sin garvo y houror,

sin espíritu (accion rara!)

muy gallardo; no intentara

servir y amar á Leonor;

pero hombre que de bien fuera,

de nobleza y proceder,

á tan humilde muger,

como Clara, no quisiera.

El es de ruines acciones,

pues obra con tal vil modo:

vive Dios, que el caso es todo

dudas y contradiciones.

Ahora bien, no hay que apelar

sino es aqueste Miguel,

si algo no se saca de él,

no hay senda por donde echar,

Miguel. *Sale Miguel.*

Mig. Miguel está aquí.

Rodr. Pesame de veros preso.

Mig. No os de pesadumbre de eso,

pues que no me la da á mí.

Rodr. Con toda conformidad

llevais del rigor la ley.

Mig. Venero el gusto del Rey.

Rodr. Pues decidme una verdad

por su amor

Mig. Es mi interés.

Rodr. Quién este Pastelero,

que hoy prendi?

Mig. Verdad reñero,

el Rey Don Sebastian es.

Rodr. El Rey Sebastian?

Mig. El Rey.

Rodr. Quién os lo asegura á vos?

Mig. El mundo lo dice y Dios.

Rodr. Dios? **Mig.** Yo lo oí.

Rodr. Dura ley:

¿teneis vos revelaciones

para de él haberlo oido?

Mig. Hombre soy, y hombres han sido

los que por sus oraciones

tales dichas alcanzaron.

Rodr. Otros méritos hicieron,

ni enredaron ni mintieron.

Mig. Es que como yo callaron.

Rodr. En qué decid, habéis fustigado a ser este el Rey Sebastian?

Mig. En estas señas que os dan mi atención y mi cuidado.

Quando el Rey de Africa vino, estaba yo en Portugal,

por sugeto principal, y disfrazarme con vino;

porque el que hace esta invención, en mi ha embocado el sugeto,

por observar el respeto de una Santa Religión.

Dijose públicamente, que el Rey Sebastian había

oído misa cierto día en Cabo de San Vicente,

en un descalzo convento, y cuando de allí salió,

un hombre pasar le vió, á quien le pilló sediento

agua, que él arrodillado le sirvió, y yéndole á hablar,

el Rey le mandó callar.

Rodr. Y antes cómo había pasado desde Africa á Portugal?

Mig. A la conducta y consejo de Diego de Mesa el viejo,

de su armada General; vióle embarcar Luis Dopez

de una antorcha á la luz clara, que pudo verle la cara

á un descuido de su embozo.

Rodr. Y ya en España por qué ocultarse así ha querido?

Mig. Viendo su Reino perdido, fuerza el ocultarse luego.

Rodr. No era más segura acción darse al Rey á conocer?

Mig. Ahora lo puede hacer, que ha llegado la ocasión.

Rodr. No es buen modo sublevar á Portugal para eso.

Mig. Eso es lo que no confieso, ni vos lo podeis probar.

Rodr. Si se yo que cada día á verle vienen y van.

Mig. Parientes suyos serán venie por cortesanía.

Rodr. Y para ser Pastelero (oficio de los mas bajos) qué le obliga?

Mig. Sus trabajos,

que harán de un Rey un cochero; Labrador fué Diocleciano, maestro otro emperador de niños.

Rodr. Qué linda flor! letras me gastais, hermano?

Mig. Letras gasto y letras sé.

Rodr. Ya sé que sois gran letrado, mas conmigo habéis topado,

y yo os las entenderé; id con Dios.

Mig. Voyme, y os digo:—

Rodr. Qué?—

Mig. Que hay Dios, ya lo sabeis, la gravelad enocheis de este caso, Don Rodrigo;

id con tiento, pues á vos de este juicio han de juzgaros.

Rodr. Miguel, despues de ahorcarme, yo me lo vendré con Dios:

ola, venid, Escribano, el calabozo me abrid **Fanse.**

Salen Gabriel y Moscon.

Gabr. Salid, suspiros, al aire vano,

á templar la ardiente calma del que manifiesto.

Mosc. Mira en lo que nos has puesto, los diablos lleven tu alma.

Gabr. Moscon, qué te ha preguntado el Juez? dime lo que ha habido.

Mosc. El poro me ha persuadido, mas yo todo lo he contado.

Gabr. Pues que tuviste:—

Mosc. Canela

Gabr. Qué contar? dura porfia!

Mosc. Lo de la Pasteiria, y lo de la callejuela.

Gabr. Y cómo lo tomó el Juez?

Mosc. Pues no es forzoso que cruja, y mas de ver, que Caluja me pida su donceller?

Gabr. Mucho el salir me fatiga de caso tan sin igual.

Mosc. Señor mio, por su mal nacen alas á la hormiga.

Gabr. Mi espíritu arrebató mi juicio, el pecho lo siento.

Mosc. Cada uno se contente con ser lo que á ser nació.

Ay! Gabr. Qué es eso?
Mosc. Es un raton de los que vienen y van,

que me ha olido el cordón, y me ha engullido un talon.

Gabr. Airada fortuna mía, qué es lo que quieres de mí?

Salen Don Rodrigo, el Escribano y un Page con luz.

Rodr. Entrad: quien se queja así?

Gabr. Del modo una fantasía y una imágen de la Luna, una ilusion del poder y que solo ha nacido á ser juguete de la fortuna.

Rodr. Con gran magestad refiere sus lamentos hombre honrado.

Gabr. Cada uno puede en su estado quejarse como quisiere.

Rodr. Qué importa que un Pastelero esté preso?

Gabr. Al mundo nada; pero al preso no le agrada y se queja.

Rodr. Aliviar quiero esos suspiros que me dais, si la verdad me decís.

Gabr. Preguntad, si á eso venís.

Rodr. Quién sois?

Gabr. Pues eso dudáis? el Pastelero Gabriel de Espinosa.

Rodr. De Espinosa? se yo que es muy bien otra cosa.

Gabr. Pues sabreis mas que no él.

Rodr. Vuestro proceder atentó, vuestro obrar prudente y grave en un hombre comun-unicable.

Gabr. Señor Alcalde, con tiento Venis prevenido bien,

mas no os temeré, por Dios, fulleros somos los dos.

Rodr. Y cómo engaña á quien á ver quien engaña?

Rodr. Todo eso es disimularse y hombre ruin querer hacerse,

y pues no puede esconderse, no vale mas declararse.

El Rey, atento á la ley, es fuerza que justo sea.

Gabr. Pues lleveme á que me vea que bien me conoce el Rey.

Rodr. Cayó; si es tan conocido del Rey, cómo es Pastelero?

Gabr. Es que fui su cocinero: levánteme si he caído.

Rodr. Y un cocinero no mas que tiene?

Gabr. El alcalde no es rana? estas joyas?

Rodr. De la señora Doña Ana me dió su altura á vender; y á la Corte ir y venir á lo que me manda hacer.

Rodr. Y estas cartas en que os dan Magestad, y han declarado oficio, nombre y estado?

Gabr. En vuestro poder están.

Rodr. No las veis?

Gabr. No son á mí, que yo aunque soy hombre honrado, ni soy Rey ni lo he soñado.

Rodr. Infame ya os convencí ya lo que sois declarais,

no hay que iraros severo, entendedor, embustero.

Gabr. Don Rodrigo, cómo habláis de esa suerte?

Rodr. Señor:— ya en vobis me resisto.

Escrib. Qué es aquesto? vive Cristo que el Alcalde se turbó.

Rodr. Escribano, más distante habeis sus señas tomado?

Escrib. Bien, señores las he notado.

Gabr. Ya me ha norado bastante, no tenéis que recordar.

Escrib. Qué es esto? nos llegó á oír.

Rodr. No es posible.

Escrib. He de inquirir si tiene alguna familiar.

Gabr. No, no los tengo.

Rodr. Otra vez?

Escrib. Señor, yo estoy aturdido.

Gabr. Tratad de obrar advertido que es lo que os á un buen juez,

envíe á recomendarme el Rey antes de juzgarme,

que para poder obrar me sabré con entenderme.

No os precipite el ser mozo, que si no sabéis obrar y quizás vendreis á parar á este mismo calabozo.

Rodr. Venid que á lo que yo infiero, ó este es hombre de linaje, ó él es un gran personaje,

ó no soy yo Caballero.

Salen Don Sancho y Don Rodríguez. Señor Don Sancho, aunque tenga vuestra cordura ofendida,

bástame el pelir perdon
y el que es la culpa tan digna.
Ser vuestro esclavo intentaba,
y espero que lo consigas

la voluntad sin la fuerza,
que una sirve y otra irrita.

Sancho. Nada, señor Don Fadrique,
me espanta ni maravilla,
y mas en una pasión;

tambien lui mozo algun día:
Lo que me admira de vos,

es solo, que un medio hijo
tan extraño un caballero;

templad vuestras hizarrias,
que una mujer no es castillo,

que lidiando se conquista.

Fadr. Ya os digo, señor que erré,
y que espero:—**Sancho.** No prosiga

vuestra atención, yo le dejado
en libertad á mi hija,

ella hara lo que gustare.

Fadr. Y yo en lo que mas os sirva:
ya quedais en vuestra casa,

guárdeos el Cielo: ay divina
Leonor, que en vano pretende

un infeliz tener dicha! **Vase.**

Sancho. Oí,

Salen Leonor, Ines y Clara.

Leon. Señor, á quien llamais?

Sancho. Ay Leonor! ay hija mia!
quien quieres que llame á quien

de algun vado á mis fatigas,
si es que hay en el tolerarlas

mas alivio que sentirlas.

Leon. Tanto te debe, señor,
(ay de mí!) Don Juan de Silva,

que porque le tengan preso
te afliges así?

Clara. Ansias mias, **ap.**
disimulemos.

Sancho. Si tú
supieras lo que me obliga

á sentir que le maltrate
el rigor de la justicia,

y si supieras quien es
ese Gabriel ese enigma.

y ese Don Juan que tú llamas,
de otra suerte sentirias

mi dolor: pero quien es?

Sale Don Rodrigo.

Rodr. Quien en sé de cuanto fia
de vuestra atención, señor

Don Sancho, se determina
á entrarse sin avisar

en vuestra casa.

Sancho. La mia
es vuestra, y en la que es propia

siempre es fuerza que recibas
al dueño como el gustare.

Rodr. Aunque es á vos la visita,
hermosa Leonor, os pido

que pas vos me la reciba
la señora Clara.

Sancho. Quién?

Rodr. Clara, que con esa niña
traigo cierta dependencia.

Sancho. En mi casa?

Leon. A criadas mias
dependencias vos? **Rodr.** Y tal,

que á no estar, Leonor divina,
de por medio vos, ya hubierais

ido á otra parte á inquirirla;
este es servicio del rey:

cosa que el pecho imagina
tan propia como esta casa,

no ha de querer que no viva
muy airoso, y que no deje

de hacer la obligacion mia.

Sancho. La mitad de esas razones
sobran á quien solicita

servir al rey y á vos: **vete,**
Leonor.

Leon. Quedarme escondida
resuelvo.

Retírase al paño con Ines.

Clara. Qué es esto, Cielos!

Sancho. Sola queda, persuadirla,
examínadla y haced

todo lo que el cargo os insta. **Vase.**

Clara. Válgame Dios!

Rodr. No os turbéis,
que como digais, querida,

la verdad, esto no es nada.

Clara. Yo procuraré decirlo.

Rodr. De dónde sois?

Clara. Yo, señor,
soy natural de Medina.

Leon. Ya tá empieza á examinar.
Rodr. Engañada y persuadida

de Gabriel el Pastelero,
fingido Don Juan de Silva,
en Madrigal no le hicisteis
(nada aqui se calla, niña)
dueño de vuestra honra?

Clara. Es cierto, **Rodr.** **ap.**
Leon. Qué es lo que escucho, fatigas!
Clara. Es Dama de Don Juan?

Ines. Lo que se descubrel chispa.

- Rodr.** De esta comunicacion no tuvisteis una hija?
- Clara.** Si señor, Juana se llama.
- Leon.** Esto mas!
- Clara.** Y en tanto impia estrella nació, inocente testigo de mis desdichas.
- Rodr.** No os afligais, que ahora no hay para que; ella está muy linda y muy buena. **Clara.** Con palabra de que mi esposo sería, me rendí á ese falso amante.
- Leon.** En buena estoy yo metida.
- Clara.** Huyendo me vine de él á estar aquí recogida.
- Leon.** A donde con su galan me engañaba á letra vista.
- Ines.** Me alegro, para que veas por quien te dejabas, mira.
- Rodr.** Y decid este Gabriel; pues claro esta os fiaría sus secretos, tiene traza de ser de honrada familia?
- Clara.** Señor, él obió conmigo estrañas galanterias, siempre dand me esperanzas de hacerme muy noble y rica, y cuando que se casase conmigo le proponia, suspiraba y espresaba, que á ser yo de estera altiva, no tuviera inconveniente.
- Leon.** Yo estaba muy bien vendida; miren de quien me fiaba.
- Clara.** La chiquilla?
- Rodr.** La chiquilla tomo yo á mi cargo, Clara.
- Clara.** El cielo os dé mucha vida por lo que me honrais, señor.
- Rodr.** Callad, y nadie perciba lo que hemos tratado aquí.
- Ines.** Señora, estoy aturdida.
- Rodr.** Ha de casa; esto está hecho:
- Salen don Sancho, Leonor é Ines.*
- esta muger deposita, señor don Sancho, mi celo, para cuando yo os la pida, en vuestra casa.
- Sancho.** A mi cargo queda. **Rodr.** Vos, Leonor divina, perdonad, que sea forzoso obrar así á vuestra vista.
- Leon.** Aseguraos, que antes tengo que quedar agradecida á esta diligencia. **Rodr.** Y mas obligada quedariais, si de esa muger supierais quien es:-
- Leon.** Quién?
- Rodr.** Don Juan de Silva, para que sepais con eso lo que os debéis á vos misma.
- Leon.** De él estoy desengañada, y ella ya está conocida ven, traidora.
- Clara.** Sabe el cielo, señoras:- **Leon.** Nada me digas.
- Ines.** Ande, que es una gazmoña: mal haya quien no la pringa. **Vans.**
- Rodr.** Señor don Sancho, estas raras diligencias esquisitas, hácia Gabriel de Espinosa son, ya tengo recibida orden del rey, en que manda, que en estando concluida la sumaria, luego al punto se haga en Gabriel justicia.
- Sancho.** Qué decis?
- Rodr.** Esto que os digo.
- Sancho.** Sin mas pruebas?
- Rodr.** Hay infinitas para su condenacion; solo á lo que va se tira es, que cómplices descubra de esta traición y malicia: él cantará en un tormento, y al instante que nos diga lo que fuere menester, se le entrará en la Capilla.
- Sancho.** Ay de mí! ved don Rodrigo, que es barbara tirania; á un rey se le da así muerte?
- Rodr.** Qué rey? este hombre delira.
- Sancho.** El es el rey Sebastian; ó yo perderé la vida.
- Rodr.** Tambien sois vos de los ciegos que tienen esa mania?
- Sancho.** Digo, que es:-
- Rodr.** Callad, Don Sancho.
- Sancho.** El rey.
- Rodr.** No la voz prosigas, que si os oyen, vive Dios, que aunque tengais dos mil hijas, no lo podré remediar.
- Sancho.** Mientras que no se averigua otra cosa, he de creer, que es el rey.
- Rodr.** Vamos aprisa. **Vanse.**

Salte una Sombra con una hacha. y Miguel á una reja preso.

Mig. pálida triste sombra fria,
que hurtando un claro desperdicio al día,
en sus rayos te anegas,
y me alumbras al paso que me ciegas,
qué me quieres? *Somb.* Advierte,
que faltan pocas horas á tu muerte;
confiesa la verdad de tu delito,
declara humilde, morirás contrito,
que quiere Dios desengañar al mundo,
y que un Felipe, en todo sin segundo,
una por su decreto soberano
el cetro Portugués al Castellano:
Miguel, confiesa.

Mig. Espera, aguarda, tente,
pavorosa ilusion, no velozmente,
si al aire tu ardor sube,
te cuajés llama y te deshagas nube.
Válgame Dios! qué he oido?
piadoso aviso el de este sueño ha sido:
no quiera Dios, que en tan dudosa calma,
pues pierdo el cuerpo, se aventure al alma,
Dios favorece el cetro de Felipe,
pues mi vez á su logro se anticipe,
para que vea el Cielo, el Mar, la Tierra,
la vez que un hombre yerra,
la mas rara traicion que á un rey se hacia
de donde muere á donde nace el día,
ya el desengaño sigo,
otro es mi corazon; ha Don Rodrigo.

Salte don Rodrigo.

Rodr. Quién de este centro clama?

Mig. Quién á decirte la verdad te llama:
yo quiero confesar públicamente
mis delitos. *Rodr.* Espera, pues hay gente,
que quiero que declares con testigos,
y aun con Gabriel delante: entrad, amigos
traed todos los presos

de esta cárcel. *Mig.* Venid, y los escesos
escuchareis de un hombre, que ha faltado
á su rey, á su patria y á su estado.

*Salen don Sancho, Miguel, Mosen, Rodelos
y Maravete.*

Todos. Ya todos te escuchamos;

todos atentos á tu voz estamos.
Rodr. Traed de la capilla en que ya ha entrado
á Gabriel que aunque el término ha llegado
de su hora postrera,
quizás dirá verdad antes que muera.

Salte un ministro con Gabriel.

Minist. Aquí está.
Gabr. No han de hacerme,
que declare quien soy; á conocerme

envia el rey ahora
él sabe quien yo soy, que no lo ignora.

Mig. Gabriel, ya llegó el día
de olvidar el error de esa mania,
di tú verdad, y yo decirte ofrezco.

Gabr. No soy rey pero soy mas que parezco.

Mig. Portugués soy de nacion,
y hombre de las reverencias,
que sabe el mundo, y se callan
por respeto y por decencia.

A don Antonio el bastardo
de Portugal, en mi tierra,
tan de adentro le traté,
que no hubo cosa secreta
que no me fiese, y tanto,
que viéndome en tan estrecha
amistad, su confesor
me llamó la gente nuestra.

Desde que el rey Sebastian
(que hoy coronado de estrellas
yace pisando záfiros)

mártir de la santa guerra
murió, entrando el de Castilla
por derecho, por herencia
y por justicia en el reino,
no pude llevar que fuera
rey de Portugal quien fuese
Castellano; que esta riega
vanidad, esta insufrible
desatinada soberbia;
en todos nosotros vive
lo que ha que el de España reina.

Audaba yo imaginando
como una traza tuviera
de usurparle al gran Felipe
la corona Portuguesa;

y estando yo en Madrigal
en servicio y asistencia
de la señora Doña Ana

de Austria, admirable Princesa,
cuya virtud y piedad
la fama ha de hacer eterna;

vino Gabriel de Espinosa
al lugar, en cuyas señas,
rostro, edad, costumbres, voz,
gravedad, traza y presencia,

hallé cuanto yo buscaba,
pues parece que mi idea,
por mi mal adivinando,

la docta naturaleza,
del perdido Sebastian
le hizo una copia perfecta.

Al instante que le ví,
propuse que el medio fuera

de mi intencion: empecé
 á tratar, y entre las veras
 mezclando tal vez las burlas,
 le pinte las conveniencias,
 que de fingir ser el rey
 el seguirsele era fuerza.
 El que de genio nació
 inclinado a cosas nuevas,
 como en un hombre de vulgo,
 me crevó, y fue tan de veras,
 que al instante se trató
 con tal fausto y tal grandeza,
 que aun a mi pudo engañarme;
 y yo, en virtud de sus prendas,
 á la señora Duña Ana
 pervertí á que se crevera,
 que como fragil mujer,
 y hombre yo de astucia y ciencia,
 lo supe trazar de forma,
 que entré luego sin violencia
 á tratarle como rey,
 á llenarle de preseas,
 de regalos y de bienes;
 ya lo lora y ya lo pena.
 No era mi intencion el que él
 reinase, que era bajaza,
 que por se ya mi juicio
 en que á nacion tan soberbia;
 tan vana, como la mia,
 un hombre rudo mereciera
 mandarla y ceñir justo
 la Lusitana diadema.
 Mi idea fué sublevar
 con la rara estratagema
 de ver á Sebastian vivo,
 el reino, y cuando estuviera
 en estado, don Antonio
 en sentarse en la silla régia?
 dando muerte á este infelice,
 instrumento de esta empresa.
 A este efecto fingi cartas,
 solicité que vieran
 portugueses á tratarle:
 hice: — *Gabr.* Suspende la lengua,
 hombre vil, en una causa
 de mi muerte; cesa, cesa,
 que á no haberte condenado
 tú, jamás sabido hubieran
 esta verdad, y en el mundo
 quedara con fama eterna
 el Paastelero Gabriel:
 mas si la verdad confiesas,
 sepan quien soy, ya que saben
 lo que obré en lo que tú cuentas.

Natural soy de Toledo,
 de tan baja descendencia,
 que me hallaron acrojado
 á las puertas de la Iglesia
 mayor: mi primera infancia,
 sin doctrina y sin escuela,
 pasé criado de un fraile,
 que cuidaba una bodega,
 Reñi con el ciento dia,
 y del arte de la seda
 queriendo seguir el rumbo,
 fui en aquella ciudad misma
 tegedor de terciopelos,
 de rasos, sargas y felpas
 todo me parejó por o.
 Quise inclinarme á la guerra,
 y fuime sica lo trabador
 á Vizcaya, donde apenas
 llegué, cuando me arrojó
 del oficio otra pendencia,
 en que dejé á mi sargento
 sin la mitad de una oreja.
 Paséme luego á Alicante,
 donde en una hermita nueva,
 que á la sagrada Maria
 labró la ciudad, en muestra
 de estar muy quanto, me puse
 (no con segura conciencia)
 á Hermitaño y Sacristan;
 no hice mucha estorcia en ella,
 que una noche me escapé,
 y fui á parar á Valencia,
 á donde fui preguntero,
 hasta que mi suete adversa
 Oficial de Pastelero,
 me hizo en Castilla la vieja.
 No hay vil oficio, que no haya
 tenido; pero no hay prenda
 que yo no haya malogrado.
 Yo con la blanca y la negra
 no hay maestro que no rinda:
 hago hablar una vihuela;
 blandiéndola hago una lanza
 en el aire leves piezas;
 ando á caballo de forma,
 que poquissimos me llegan.
 Si soy galante y valiente,
 bien lo publican las muestras;
 mas qué importa, si malogro
 estas virtudes escelsas,
 con ser tan gran embustero?
 que si hubiese competencia
 de enredadores, ganáran
 yo la cátedra primera.

Y pues este es el postrero; porque la justa clemencia de Dios tiene prometido no encubrir nada á la tierra; un crimen contra mi rey tan grave, no es bien que tenga dilacion en el castigo, pronunciada la sentencia. La muerte ospido no anhelo; piedad, pues se que me espera el gran Dios, cuya virtud ningun pecador desprecia; al rey le pido perdon y á todos, pecho por tierra; llevadme á morir. *Rodr.* Llevadle, pues lo pide tan de veras.

Gabr. Claro está, que aunque otra cosa en este estado dijera, no era facil ser creído; muy bien engañados quedan.

Rodr. Pues no has dicho la verdad?

Gabr. La verdad no hay quien la sepa, sino es Dios: viera yo al rey, que él la verdad os dijera; mas soy de lo que parecen.

Rodr. Ahora volveis á esa tema? id por Clara, á quien le debe su honor, cásese con ella antes que muera. *Gabr.* Si haré, solo por ennoblecerla. *Vase.*

Rodr. Llevadle, *Todos.* Caso espantoso!

Rodr. Miguel en la cárcel queda.

Mig. Mientras que llega mi hora. clemencia. Señor, clemencia. *Vase.*

Rodr. Vosotros, que estais sin culpa, fuera todos. *Todos.* Todos fuera.

Sancho. Absorto voy; mas no obstante, lo que ámbos á dos confiesan, él es el rey Sebastian, no me harán que no lo crea.

Todos. Ya le sacan al suplicio.

Rodel. No quiero ver su tragedia.

Todos. Hoy es dia de ahorcado, pues á la fiesta, á la fiesta. *Vanse.*

Salen Leonor y los portugueses.

Leon. Señores, no está mi padre en casa. *Los 2.* Pues á que venga permitireis que esperemos.

Ines. Ya sube por la escalera, ahora vienen por Clara, y á la cárcel se la lleva un ministro. *Leon.* Alguna cosa tendrá que decir en ella;

aquí podeis esperaros, *Vanse las dos*

Los 2. Admitimos la licencia.

Salen don Sancho.

Sancho. Cielos Santos (qué desdicha!) dónde esconderme pudiera?

Port. 1. Señor Don Sancho, hoy llegamos á Madrigal á dar cuenta al rey, de que quedan ya seis plazas á su obediencia.

Port. 2. Veinte mil hombres con armas en la provincia le esperan de Tras los montes. *Port. 1.* Y junta en Evora la nobliza,

le aguarda con la alegría, jubilos, ansias y fiestas;

Port. 2. Dónde iremos á encontrarle, y á darle estas buenas nuevas?

Port. 1. Quién será el dichoso, que ganar las aliricias pueda?

Port. 2. A esto os toca mi celo.

Port. 1. A esto os busca mi impaciencia.

Sancho. Ya es tarde, porque habrá dado el alma á las horas de esta.

Los 2. Qué decís?

Sancho. Que en vil suplicio, nuestra trama se descubierta habrá pagado á estas horas nuestra culpa su inocencia.

Port. 1. San Antonio de Lisboa me valga. *Port. 2.* El me favorezca.

Los 2. Pues cómo fué? *Sancho.* No es ahora, tiempo de que se os detenga, que correis mucho peligro; idos, señor Mascarchas, señor Bisco, en Portugal publicareis su tragedia.

Port. 1. Ay de Castilla si alcanza á saber, que en tal afrenta ha muerto el rey Sebastian, nuestra nacion Portuguesa! *Vase.*

Port. 2. Si el ha sido el que pensamos, será España Troya nueva. *Vase.*
Salen don Fuárique y don Rodrigo.

Fadr. Raro valor! *Rodr.* Prodigioso.

Fadr. Hasta la hora postrera sus embustes y preñeces no cesaron. *Sancho.* Ya no resta mas, que callar y sufrir, téngase por quien se tenga.

Rodr. Dos veces estando ya para arrojarlo, con fuerza estraña y valor no visto, me llamo con voz tremenda.

Fadr. Dícen que quiso citaros ante Dios. *Rodr.* Poco tuviera

que temer, de quien se sabe,
 aunque gente ruda y nécia
 siempre juzgará al contrario,
 que era hombre de hijas prendas,
 que urdió tan estraño embuste.
 De Miguel queda suspensa
 la causa hasta otra ocasion,
 en que su muerte le sea
 escarmiento á mas de dos;
 y ya se dió penitencia
 á la señora Doña Ana
 y sus criadas: que llevan
 con suma resignacion:
 Clara con su hija quedan
 en un convento, despues
 que casó Gabriel con ella.

Salen Moscon, Rodelos, Maravete y Catuja.

Todos. Y libres todos nosotros.

Sancho. Leonor? *Salen Leonor e Ines.*

Leon. Señor.

Sancho. Ya que queda
 en su fuerza mi palabra,
 que tú la cumplas es deuda.

Leon. Señor Don Rodrigo, vos
 hallareis nóvias muy bellas

y muy ricas, que por ser
 quien sois os amen y quieran;
 Don Fadrique de Castilla
 me sirve y galantea
 años há y de mis desprecios
 ha sufrido las tibiezas:
 supuesto que hareis justicia,
 no tendreis á mal, que en esta
 ocasion, pues soy deudora,
 pague señor, á quien deba.

Rodr. No señora, vuestro gusto
 es solo mi conveniencia.

Leon. Pues, Fadrique, esta es mi mano.

Fadr. Dichoso fin de mis penas.

Danse las manos.

Sancho. Ellos no han de virir juntos!
 pues que ellos allá se avengan.

Mosc. Catuja, quieres esposa?

Cat. Echla acá esa mano bestia.

Rodel. Señora Inés, nupcias pido.

Ines. A toda no hay quien no vuelva.

Todos. Y aqui el Pastelero es bien,
 que fia venturoso tenga,
 rey don Sebastian fingido,
 que es historia verdadera.

FIN.

Se hallará esta comedia y otras muchas antiguas y modernas de diferentes
 títulos, piezas en un acto Sainetes y Monólogos, en Madrid libreria de Cuestos
 calle Mayor frente á la casa de Cordero.